

Rede TyA (Toxicomania e Alcoolismo) do Campo freudiano
Red TyA (Toxicomanía y Alcoholismo) del Campo freudiano
Réseau TyA (Toxicomanie et Alcoolisme) du Champ freudien



PHARMAKON Digital



DELIRIO O TÓXICO

RESUMEN

4 EDITORIAL

Marie-Françoise de Muncky y Éric Taillandier, con Gloria Aksman, Nelson Feldman, Ève Miller-Rose, Fabián Naparstek, Nadine Page, Giovanna Quaglia y Pierre Sidon

7 DELIRIO O TÓXICO

8 Conversación sobre la droga de la *apalabra*

Marco Androsiglió, Éric Colas, Frédérique Musset-Bilal, Mathilde Braun, Cristóbal Farriol, Coralie Haslé, Pierre Sidon y Tomás Verger. Y con la asistencia de Olivier Talayrach (TyA-Paris)

12 Tóxico \diamond Delirio

Nicolás Bousoño, Gustavo Mastroiacovo, Christian Ríos (Argentina)

15 Tóxico ...o peor

Julien Berthomier y Cécile Peoc'h (Rennes)

18 El cuerpo del delirio

José Manuel Álvarez (Barcelona)

21 ¿Sobredosis o delirio ordinario?

Vic Everaert (Bruselas)

24 Delirio y tóxico: ¿amputar la voz del Salvador o servirse de ella?

Pablo Sauce (Salvador)

27 Abstinencias y delirios

Benjamín Silva, Sabina Serniotti, Matías Meichtri Quintans (Argentina)

30 Del beber al bebé

Cristina Nogueira (Belo Horizonte)

33 Perspectivas de una elaboración colectiva en la clínica con toxicomanías

Fabián Naparstek (Buenos Aires)

36 TEXTO DE ORIENTACIÓN

37 La droga de la palabra

Jacques-Alain Miller

42 ESTÉTICA DEL CONSUMO

43 Un delirio de deducción

Aurelia Verbecq (TyA-Suiza)

46 HACIA EL CONGRESO DE LA AMP 2026 – LA RUPTURA CON EL FALO



COMITÉ EDITORIAL

PHARMAKON DIGITAL es una publicación de la Red de Toxicomanía y Alcoholismo (TyA) del Campo freudiano, en tres lenguas: portugués, español y francés.

© **Fundación del Campo freudiano**

Redacción

Elisa Alvarenga (directora)
Nadine Page
Nelson Feldman
Gloria Aksman
Giovanna Quaglia
Éric Taillandier
Marie-Françoise de Munck
Alejandro Góngora
Fernanda Turbat

Equipo de traducción

Tomás Verger (coordinador),
Carina Arantes Faria, Cecilia Scovenna, Cláudia Reis, Fernanda Turbat, Jorge Castillo, Luis Fernando Duarte Couto, Maria Wilma Faria, Mauricio Diament, Pablo Sauce, Tomás Piotto, Violaine Clément, Wendy Vives Leiva

Equipo de investigación bibliográfica

Tomás Verger (coordinador), Aléssia Fontenelle, Analía La Rosa, Benjamín Silva, Camilo Cazalla, Carina Arantes Faria, Cassandra Dias, Cecilia Scovenna, Christian Ríos, Cláudia Generoso, Cláudia Reis, Daiana Ballesteros, Daniel Senderey, Daniela Dinardi, Danièle Olive, David Briard, Epaminondas Theodoridis, Éric Taillandier, Federico Giachetti, Fernanda Turbat, France Guillou, Géraldine Somaggio, Gloria Casado, Hélène Coppens, Irene Domínguez, Isabella Prévot, James Fischer, Jean-Marc Jossou, Jorge Castillo, José María Álvarez, Luis Fernando Duarte Couto, Marcela Errecondo, Maria Célia Reinaldo Kato, Maria Wilma Faria, Marie-Françoise de Munck, Matías Mietrich Quintans, Mauricio Diament, Miguel Antunes, Nadine Page, Nelson Feldman, Nicanor Mestres, Pablo Sauce, Pía Marchese, Sébastien Georges, Tomás Piotto, Valeria Vinocur, Violaine Clément, Wendy Vives Leiva, Yvonne Stuer

Consultores

Ève Miller-Rose (Fundación del Campo freudiano)
Anne Ganivet-Poumellec (Tesorera)
Fabián Naparstek (Coordinador de la red TyA internacional)

Diseño, desarrollo y publicación

Bruno Senna

Portada e imágenes

Alejandro Góngora

www.pharmakondigital.com

Producción y difusión

Instituto de Psicanálise e Saúde Mental de Minas Gerais
Avenida Afonso Pena 2770, salas 201/207, Savassi.
Belo Horizonte, MG - CEP 30130-007

EDITORIAL

EDITORIAL

Marie-Françoise de Munck y Éric Taillandier, con Gloria Aksman, Nelson Feldman, Ève Miller-Rose, Fabián Naparstek, Nadine Page, Giovanna Quaglia y Pierre Sidon

El aforismo de Lacan *Todo el mundo es loco, es decir, delirante*¹, tomado como tema del XIV^o Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, nos ha vuelto sensibles a lo que *delirar* quiere decir según la orientación lacaniana. Más allá de toda consideración en cuanto a lo normal o a lo patológico, *delirar* es propio del ser hablante, del *parlêtre*. Cada uno con su ventana a lo real, su ficción, sobre un fondo de imposible a servirse enteramente de lo que pulsa en sí y desborda en una relación al partenaire. Esta disarmonía implica un resto fuera de sentido con el cual tenemos que vérnoslas. Ante la angustia suscitada por el exceso de goce en el cuerpo y el enigma del deseo del Otro, algunos construyen un delirio en sintonía con los discursos heredados o en boga, o sueñan su vida en nombre de un ideal. Cuando no hay recurso a ningún discurso que haga lazo, otros se ven confrontados a un real invasivo, con el riesgo de cortar toda tentativa de sutura significativa.

Los participantes de la red TyA brindan atención, en institución o en consultorios, a los sujetos que adoptan esta posición más o menos radical de ruptura. La experiencia toxicómana “no es [...] una experiencia de lenguaje, sino, por el contrario, lo que permite un cortocircuito sin mediación”², indica Jacques-Alain Miller. “La droga aparece como un objeto que concierne menos al sujeto de la palabra que al sujeto del goce, en tanto ella permite obtener goce sin pasar por el Otro”³, continúa.

La práctica contemporánea del *chemsex* resuena particularmente con este enunciado que funciona como brújula. Tratar de localizar el goce en el producto permite desubjetivar la relación sexual haciendo uso del órgano. Más ordinariamente, se sabe que el consumo de tóxicos se banaliza cuando se trata de *salir de fiesta* a los fines de lograr cierta desinhibición subjetiva, favoreciendo en ocasiones el encuentro de los cuerpos. ¿Sería el recurso al tóxico un intento de salir de los impasses de la palabra, escapando así de la angustia de castración, del enigma del deseo del Otro, en beneficio de otro tipo de goce? Si el delirio es universal porque hablamos, entonces: ¿*delirar o intoxicarse*?

La diversidad de los usos de las drogas, regulados o desenfrenados, nos enseña sobre las diferentes maneras de no consentir la palabra y, por ende, al delirio. ¿Se trata de favorecer un goce loco, ilimitado, dejando el cuerpo a la deriva, desamarrado del Otro? ¿O bien de localizar un

1 Lacan, J., ¡Lacan por Vincennes!, *Revista Lacaniana* n. 11, Buenos Aires, Grama, 2011, p. 7. Texto reeditado en: *Scilicet Todo el mundo está loco*, Buenos Aires, 2024, p. 21.

2 Miller, J.-A., “La droga de la palabra”, publicado en este número 5 de *Pharmakon Digital*.

3 *Ibid.*

goce según anudamientos específicos, permitiendo restaurar ciertos apoyos del sujeto para que pueda mantenerse en el lazo social? En esta perspectiva, el consumo de droga, ¿se sitúa en una trama significativa como un esfuerzo de nominación o de construcción simbólica? ¿Recubre un fenómeno alucinatorio para limitar su efecto devastador? ¿Da consistencia a una identificación más aceptable en el plano imaginario? ¿Cómo responde al sentimiento de vacío interior, incluso al real traumático?

Si la apuesta de la transferencia del toxicómano al psicoanálisis consiste en trocar *a minima* el uso de drogas por la toma de palabra, ¿se trata entonces de comprometer al sujeto toxicómano a sostenerse en una forma de delirio que lo reanude al lazo social de una manera más vivible?

Pharmakon Digital publica los textos de las intervenciones del Coloquio internacional de TyA sobre “Delirio o tóxico”, en ocasiones, afinados en el *après-coup* de las discusiones que allí tuvieron lugar. Frutos de un trabajo en el seno de diferentes grupos de la red TyA, estos contribuyen a aclarar nuestra práctica con los “adictos desenganchados”, la puesta en cuestión de la voluntad de las políticas de salud pública de “ablación del delirio y del tóxico” y un abordaje que podría consistir más modestamente en “sostener un delirio, sustraer del tóxico”. Estos textos, precedidos de una conversación de apertura, componen la primera parte, seguida de un texto de orientación de J.-A. Miller, “La droga de la palabra”.

La segunda parte de este número 5 invita, mediante una primera selección de extractos de textos mediante la iniciativa de Tomás Verger, a poner al trabajo, de aquí en adelante, el tema del próximo Congreso de la AMP, “No hay relación sexual”, en la red TyA del Campo freudiano. Recordemos que los grupos TyA acogen con agrado nuevos participantes que se interrogan sobre su práctica en torno a adictos, toxicómanos y alcohólicos y que desean contribuir a la investigación. ¿Cómo operamos a partir del aforismo de Lacan, “No hay relación sexual”, en nuestra práctica? Las tentativas de responder, o de no responder a ese nivel, que los sujetos buscan a partir del consumo de drogas y de alcohol, ¿qué nos enseñan?



DELIRIO O TÓXICO

CONVERSACIÓN SOBRE LA DROGA DE LA APALABRA

Marco Androsiglio, Éric Colas, Frédérique Musset-Bilal, Mathilde Braun, Cristóbal Farriol, Coralie Haslé, Pierre Sidon y Tomás Verger. Y con la asistencia de Olivier Talayrach (TyA-Paris)

Pierre Sidon: Partamos de una hipótesis: *no se necesitan drogas si se delira lo suficiente*: “secreten sentido con fuerza y verán cuánto más cómoda se vuelve la vida” decía, irónicamente, Lacan¹. También: “la psicosis paranoica y la personalidad (...) son la misma cosa”². Era en el año 75 y no muy diferente de sus inicios cuando afirmaba la “homología del delirio y de la personalidad”³. Si la paranoia es “un enredo imaginario”⁴, la certeza puede “curar” la falta o el exceso de sentido. Muchos se curan de una adicción mediante una certeza dogmática o religiosa.

Tomás Verger: Sí, y ya en el año 46, Lacan proponía que “una cierta dosis de Edipo”⁵ podría tener el efecto de un “medicamento desensibilizador” sobre el humor.

¿Bastaría entonces hacer hablar para desintoxicar?

Marco Androsiglio: Hay drogas que hacen hablar o delirar. Además, en la clínica se encuentran cada vez más sujetos que toman drogas solo para hablar y en los grupos: es *chem...* sin sexo.

Mathilde Braun: Tengo la misma experiencia clínica. ¿Pero este parloteo es una “palabra plena” en el sentido de Lacan o una experiencia de goce?

Frédérique Musset-Bilal: También hay Psicoterapias Asistidas por la toma de drogas⁶ de las que se espera un desbloqueo de la palabra.

Coralie Haslé: Esperamos el relato de la experiencia como el relato de un sueño.

Cristóbal Farriol: ¿Pero no se confunde la alucinación con el decir? Aquellos que toman drogas para hablar no pueden decir nada después.

1 Lacan, J., *Hablo a las paredes*, Buenos Aires, Paidós, 2019, p. 102.

2 Lacan, J., *El Seminario*, libro 23, *El sinthome*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 53.

3 Lacan, J., *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, Buenos Aires, S. XXI ed., 2012, p. 53.

4 Lacan, J., *R.S.I.*, clase del 08 de abril de 1975, *Ornicar?* 5, hiver 75/76, p. 37-46.

5 Lacan, J., “Acerca de una causalidad psíquica”, *Escritos I*, Buenos Aires, Siglo XXI ed., 2007, p. 180.

6 Psicoterapias Asistidas por psicodélicos, Hospital Universitario de Ginebra.

MA: No podemos esperar saber de la droga.

PS: Es lo que dice Lacan en “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo” a propósito de los alucinógenos: “en ningún caso una ascesis que sería [...] epistemógena o noófora”⁷.

MA: Y si la cura es una paranoia dirigida, ¿cómo dirigir lo que provoca el alucinógeno?

PS: Las producciones artísticas o intelectuales bajos el efecto de las drogas suelen ser decepcionantes. Lo único que extraen quienes consumen es bajo bien un *de-saber*, ya que la droga devela o afloja una cierta rigidez.

FMB: Y revitaliza un cuerpo que está mortificado.

MA: Por ende, efectos de goce...

Tóxico o delirio: ¿una respuesta a lo real del sexo?

MB: Y diferentes para cada uno: muchos no sienten ningún interés sexual, o incluso no soportan ser tocados bajo efectos de las drogas que se consideran entactogénicas.

Éric Colas: Y muchos practicantes del *chemsex* abolieron su consentimiento más allá del placer, en pos de un goce de la violación programada gracias al tóxico.

CF: Pero hablar, así como el acto sexual, bajo los efectos de drogas, implica vérselas con lo real sexual en ambos casos. Tal practicante del *chemsex* se drogaba para no tener vergüenza, tal otro se encuentra confrontado a la falta de sentido, hablar carece de interés. Bajo los efectos de la droga, parlotea.

MA: Y a la inversa, otro solo podía tener una relación en la sauna con la condición expresa de no escuchar ni una sola palabra.

PS: Hay el goce mudo y el goce de la palabra.

CH: Y el goce de la palabra vacía.

Un circuito: ¿con o sin el Otro?

CF: Pero lo que algunas drogas tienen de nuevo es suscitar las ganas, mientras que las antiguas solo desinhibían ganas ya presentes...

FMB: La adicción instala, digamos, un *pseudo-deseo*...

PS: ¿No hay que diferenciar esto del deseo, que es el circuito pulsional que pasa por el Otro, y se aleja del autoerotismo?

CH: He aquí la pregunta: los consumidores de drogas, como quienes juegan a juegos de mesa, ¿están en relación con el Otro?

7 Lacan, J., “Subversión del sujeto...”, *Escritos II*, Siglo XXI ed., p. 757.

¿Consumir para “funcionar normalmente”?

CH: Antaño se consumía para hacer cosas extraordinarias, hoy en día se consume para “funcionar”.

CF: Se consume para ser normal.

PS: Se trata entonces de borrar la singularidad: el síntoma.

MB: La droga, ¿vendría al lugar de aquello que aporta el valor fálico?

MA: Daría una ilusión de sentido...

CF: En inglés hay una asonancia entre *illusion* y *delusion*, que significa delirio.

PS: La ilusión que no es causada por el significante es evanescente, al contrario del delirio que es propio del ser hablante.

MA: El consumo serviría para protegerse de la significación fálica.

TV: Cuando hay divorcio, por estructura, con respecto al falo.

MA: Y a su vez, hay divorcio del falo para casarse con el pene.

TV: En tanto y en cuanto el órgano no esté fundado en el significante como dice Lacan en ... *O peor*⁸.

PS: Todo esto no instituye pues una relación con el Otro, al contrario del delirio y de la palabra.

¿Tóxico y lo social o delirio duradero?

MA: Se trata más bien de rechazar al Otro, su demanda...

CH: La toxicomanía parece haber perdido su aspecto subversivo.

PS: Ha habido *subversión de la subversión, como dice Éric Laurent*.

MB: Es el resultado del ascenso al cénit social – lo *social* como dice J.-A. Miller - del objeto.

PS: Es la lógica, en efecto, del objeto...

MB: Del empuje a gozar...

PS: Sí, porque el goce es por excelencia lo que fragmenta el cuerpo... Y el cuerpo social. La víctima es el prototipo del desecho y por eso las intersecciones dividen al infinito en vez de reunir.

MB: Y si el consumo también puede ser un lazo *sociel*, es un lazo de goce.

PS: ¿Pero vale como lazo social si no limita el goce?

CH: Pero las adicciones a menudo fracasan en un lazo social duradero, por lo que hay que

8 Lacan, J., *El Seminario*, libro XIX, ...*o peor*, Buenos aires, Siglo XXI ed., 2007, p. 757.

empezar nuevamente.

TV: Sí, pero el tóxico *no es límite porque es sustancia y no significante*. De allí que la desregulación sea frecuente...

CH: ¿Entonces el tóxico sería un *ersatz*? ¡Seamos menos radicales!

PS: ¡La radicalización es propia de la época! Y según Éric Laurent, “es la radicalización del goce”⁹: ¡podemos estar tan drogados por nuestras teorías como por ideologías! *¿No conviene que trabajemos más bien en una pragmática del buen uso?* Se trata, pues, de humanizar el goce, bajo transferencia.

9 Laurent É., « L'inconscient et l'événement de corps, entretien avec Éric Laurent », *La Cause du désir*, n° 91. Paris, Navarin, 2015, p. 20-28.

TÓXICO ◊ DELIRIO

Nicolás Bousoño, Gustavo Mastroiacovo, Christian Ríos (Argentina)

En 1978, Lacan señaló que “todo el mundo es loco, es decir, delirante”², sintagma elevado, por Jacques-Alain Miller, al estatuto de brújula en la clínica contemporánea. Esta noción de delirio atraviesa los límites de la estructura subjetiva, ya que el sentido - en tanto S2 -, constituirá una defensa contra lo real.

Por supuesto, se distinguen construcciones anudadas mediante la función del Nombre-del-Padre, que estructura el campo de la sexualidad a partir de la lógica edípica, y otras, no anudadas por esta función. Estas últimas pueden apelar al uso de una prensa³, que podría desempeñar esta función y daría lugar a una regulación del goce.

La generalización del concepto de delirio, su extensión más allá del campo de las psicosis, invita a considerar sus posibles articulaciones con el tóxico. Nos preguntamos si, además de la relación de exclusión - tóxico o delirio -, resulta posible, y en qué términos, plantear una relación de articulación, al momento en que un sujeto consiente, vía la transferencia, a la experiencia analítica.

La experiencia de intoxicación y la analítica

Mauricio Tarrab plantea que la operación toxicómana no requiere del cuerpo del Otro como metáfora del goce perdido, siendo correlativa de un rechazo del inconsciente⁴. Esta operación, por la que ningún mensaje se dirige al Otro, señala una ruptura con dicho campo y la existencia de un goce sin partenaire sexual, donde el tóxico - y no el falo - opera como respuesta al agujero de la no relación.

Éric Laurent indica que la experiencia de la intoxicación guarda en su corazón un silencio, ya que rompe con la cadena significativa y con la dimensión de la palabra que permite contornear el vacío. Agrega que el sujeto intoxicado puede hablar horas y no decir nada, o bien liberar una escritura donde nada se escribe. Constituye una experiencia de la cifra y de una contabilidad que se han vuelto locas, implicando la disolución de la singularidad y la muerte subjetiva⁵.

1 Participaron: Yasmina Romano, Camilo Cazalla, Agustín Barandiarán, Gloria Casado, Adrián Secondo, María Marciani, Silvina Rago, Ana Cascardo, Ana D'Andrea, Carolina Vignoli, Héctor Tarditti

2 Lacan J., « Lacan pour Vincennes ! », *Ornicar ?*, n° 17/18, printemps 1979. Reeditado en *Scilicet Todo el mundo es loco*, Buenos Aires, EOL, 2024, p. 21.

3 Miller, J.-A., “Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria”, <https://www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/015/template.php?file=arts/Alcances/Efecto-retorno-sobre-la-psicosis-ordinaria.html>. Conferencia publicada en francés en la revista *Quarto* n. 94-95, en enero del 2009.

4 Tarrab M., “Una experiencia vacía”, disponible en <https://uqbarwapol.com/una-experiencia-vacia-por-mauricio/>

5 Laurent, E, “L´etourdit de la droga”, in Salamone, L. *El silencio de las Drogas*. Buenos Aires, Grama, 2014, p. 14-15.

Si la intoxicación, sobre la que se sostiene la operación toxicómana, es una experiencia vacía de sujeto y de significación, que rompe con el Otro y apela al goce a-sexual como respuesta al vacío del sujeto, la experiencia analítica irá de la droga a la palabra, para producir – donde la droga falla – en algunos casos, la articulación de una demanda que restituye la dimensión del Otro y la producción del inconsciente para situar “la cifra de la problemática a la que la droga aporta su solución”⁶.

En otros casos, donde la droga funciona como un tratamiento de lo real del goce, y cuando esta solución resulte demasiado problemática, el analista podrá estar allí para posibilitarle al *par-lêtre* otras vías, otras soluciones.

La viñeta, a continuación, articula estos postulados.

Un joven de 32 años comienza sus sesiones luego de que, desde la institución a la que consultó a raíz del aislamiento que acompañaba su consumo de cocaína, le indicaran no trabajar, estar acompañado las 24 horas y dejar de ver a sus amigos.

Empezó a fumar marihuana en la adolescencia, luego, a partir de la inauguración de su discoteca, comenzó con el consumo de cocaína. En ese momento, su primo lo impulsó: “sos dueño, no podés no consumir”, le dijo. Eso lo llevó a lugares oscuros y morbosos.

Para cortar decide venir a la ciudad con su novia de toda la vida, pero al descubrir la noche, se sumerge en un raid que lo consume y se separa de su pareja, de carácter amistoso.

En las entrevistas ubica su consumo en relación con las mujeres. En las fiestas las busca y habla, mientras baila y consume sin parar. Cuando no soporta más ni las luces ni los ruidos, se retira, pero sigue en su casa consumiendo, chateando con mujeres y hablando por teléfono. Eso le da seguridad. Habla de cosas sexuales: “me libero del morbo que tengo adentro”. A su vez, al intentar nombrar el resultado de varios días de ese circuito, agrega: “pobrecito mi cuerpo”. Las conversaciones con mujeres son por lo tanto una continuación del circuito del consumo y un tratamiento fallido del goce morbosos, ya que no logran frenar el plus de gozar y rompen con el imaginario corporal. El consumo para este paciente se ubica entonces en la perspectiva de la insubordinación al servicio sexual, tal como lo plantea Jacques-Alain Miller⁷, y del lado de la insumisión al deseo del Otro.

En las sesiones, a partir del despliegue de sus ficciones, delimita el goce que nombra como “morbo” y sitúa la función del tóxico en su economía libidinal, produciéndose un viraje hacia ciertas fiestas electrónicas donde consume sólo algunas pastillas que “hacen que no me descontrole y que se corte ahí”.

El tratamiento del “morbo” vía la intoxicación no provoca un punto de capitonado, más bien suelta el anudamiento del cuerpo, siendo la imagen empobrecida de éste proporcional a la infinitización de un decir que escribe nada. En las vueltas dichas se ajusta el circuito pulsional: noche-droga-descontrol-morbo, y la operación toxicómana cede lugar a la función del tóxico bajo transferencia.

6 Tarrab, *op. cit.*

7 Cf. “La droga de la palabra”, en este número de *Pharmakon Digital*.

Conclusiones

La experiencia analítica implica un movimiento que va de la experiencia de la intoxicación a la de la palabra, acto por el cual el silencio de las drogas calla, para dar lugar al modo singular en que cada quien delira la relación sexual que no existe.

La viñeta precisa la instancia en que la *función del tóxico* y el *delirio bajo transferencia*, implican una articulación posible para un *parlêtre*, en la que éste puede extraer de allí un saldo de saber.

Ahora bien, ¿qué tipo de delirio nos propone el análisis? ¿Qué función tiene el delirio en el análisis? La experiencia analítica constituye un delirio dirigido y orientado por el síntoma. Se trata entonces, como señala Miller, de “hacerse incauto de un real, es decir, montar un discurso en el que los semblantes atrapen un real, un real en el que creer sin comulgar con él. (...) Analizar al *parlêtre* es dirigir un delirio de tal modo que su debilidad ceda al embaucamiento de lo real”⁸.

La experiencia analítica no apunta a darle consistencia a los delirios singulares de los sujetos, sino más bien, sirviéndose de ellos, a despejar - como señala Sinatra, valiéndose del término *adixiones* - la incógnita de la singularidad del goce de cada *parlêtre*, lo que ha funcionado como síntoma ante el trauma producto del encuentro con *lalengua*, para remarcar la responsabilidad subjetiva que cabe a cada cual en la propia satisfacción⁹.

En el caso que presentamos no hay ficciones edípicas, ni tampoco un despliegue del inconsciente bajo transferencia. Pero hay un desplazamiento desde la intoxicación hacia la palabra y las ficciones que permiten a este joven construir el circuito pulsional y situar la función del tóxico para lograr una reducción de la intoxicación y una pacificación del goce.

8 Miller, J.-A, “El inconsciente y el cuerpo hablante”, Presentación del tema del X Congreso de la AMP, consultado el 20 de abril de 2024, en Asociación Mundial de Psicoanálisis (wapol.org)

9 Sinatra, E. “Adixiones, una respuesta a la banalización mediática”, in *Conclusiones Analíticas*, disponible en https://perio.unlp.edu.ar/wp-content/uploads/2023/04/conclusiones_analiticas-nro-ano-10-nro-9-2023.pdf pág. 88-113.

TÓXICO ...O PEOR

Julien Berthomier y Cécile Peoc'h (Rennes)

He aquí dos sujetos que tratan su ausencia de identificación fundamental en el Otro por medio de la toxicomanía, revelando su posición de objeto de goce. Néo, a la deriva del significante y de los encuentros, ha encontrado el nombre del delirio que teme: “Matrixé” (Matrixado). Benoît, por su parte, se fija a un nombre que lo abruma: “Gay y séropo” (seropositivo). Gracias a las intervenciones de quienes los tratan, sus goces, durante mucho tiempo “cortocircuitados sin mediación”¹ por los tóxicos, encuentran nuevos puntos de enganche en el Otro.

Tóxico ...o peor: “Matrixado”

Julien Berthomier

Néo me consulta desde hace 6 meses a raíz de “crisis de angustia” durante fiestas, sobre un fondo de alcohol y drogas. “Adicto a todo”, vive como “un ser gobernado por la pulsión”, según dice. Sin embargo, no viene a tratar sus consumos. Teme sobre todo “delirar”. En el barullo de las conversaciones, se siente preocupado por miradas y palabras. El sentido se le escapa. En referencia a la película estrenada en 1999, que le evoca la idea de una influencia, se pregunta si no estará “matrixado”, y a punto de descubrir el secreto de un misterio. Sin embargo, no cree y critica este “pensamiento delirante, latente, ligeramente paranoico y megalómano”. A menudo, se refugia en los videojuegos para alejarse de los otros, y fumar un cigarrillo de cannabis por la noche le ayuda a “poner sus pensamientos en *off*”.

Progresivamente, aparecen en su discurso los embrollos con el otro sexo, y más ampliamente en su lazo con el Otro, a menudo calificado de “tóxico”. Al principio de las entrevistas, deja “sin medias tintas”, dice él, un trabajo cuyas injusticias denunciaba.

También está en proceso de separación de su compañera, que sufre de cáncer desde hace un año, y cuyo diagnóstico se establece en simultáneo a cuando él la engaña. Se decide a permanecer con ella durante el tiempo de su tratamiento. A pesar de que ella lo frena demasiado, según él, porque rechaza que se drogue en su presencia, constata que es la relación “más estable” que ha tenido en siete años.

Tras finalizar sus estudios, elige trabajos interinos a tiempo parcial y dispone de tiempo para un activismo político de cierta radicalidad. En función de los encuentros, se interesa por la api-

¹ Miller J.-A., “La droga de la palabra”, publicado en este número de *Pharmakon Digital*.

cultura, el magnetismo, las “energías”... a la fuga del sentido, responde su dispersión. Descubre el parapente y obtiene su licencia de “vuelo libre”. En el aire, describe que “se desengancha del pensamiento”, como con la droga, pero constata que está “colgado de un hilo”. Señalo en sesión el *significante* “desenganchar” que resuena con su tendencia a romper repentinamente, lo que me parece a la vez problemático y necesario para Néó. La transferencia se ordena a partir de este *significante* en el que me apoyo para hacer oír que se puede desengancharse de manera menos costosa.

En busca de libertad, dice que necesita un “marco cuadrado con bordes redondeados”. Consiento entonces a sus ausencias, insistiendo en que me avise cuándo regresa. Me pregunta si el precio de las sesiones es “fijo”... y luego deriva hacia el tema del “fix” de los “shoot” de heroína (pico o chute de heroína). Detengo su metonimia: aquí, el precio es *estable*, como el día y la hora de nuestros encuentros. Se atiene a ello. Tampoco parece querer desengancharse de su pareja, con la que se reparten la “tenencia compartida” de un perro, aunque vivan separados. Recientemente, su amante irrumpió, se siente obligado a confesar todo a su compañera. “Bloqueado” por un dolor de espalda, le preocupa no poder llegar a ella. Le señalo que la angustia, que toca el cuerpo, es una brújula interesante: puede orientarse por ese real para limitar la invasión del Otro.

En lugar de una revelación delirante que daría sentido a su vida, y sin discurso al que engancharse sólidamente, Néó consiente con una cierta forma de alienación *significante*, en la que testimonia de un insoportable al hacer pareja con el otro sexo. Las sesiones son una oportunidad de reinyectar un poco de palabra para encontrar nuevos puntos de referencia a fin de “no desengancharse totalmente”.

Salir de la soledad del delirio de victimización

Cécile Peoc'h

Recibo a Benoît desde hace varios años en un centro de tratamiento de adicciones. Consumo drogas desde el comienzo de su vida adulta tras una decepción amorosa. En este contexto conoció a un hombre con el que mantuvo relaciones sexuales sin protección y cuyo estado seropositivo conoció al mismo tiempo que el suyo. “Interiormente, lo sospechaba”, precisa.

Desde lo que él llama “su mal encuentro”, el Otro se convierte en el que “se aprovecha” de él. Benoît practica el *chemsex*, “coqueteando con los límites”. Tal y como él lo describe, se trata más de “sexo bajo sustancias” que de encuentros sexuales ligados al deseo. Pero ser seropositivo guía su vida: “Gay y séropo”, dice él. Parece localizar en este *significante* el goce que se le impone. Su cuerpo es en adelante puesto al cuidado de otro médico, y su elección de trabajar en la prevención de adicciones le permite mantener *a mínima* una inscripción en el lazo social.

En sesión, Benoît habla de “su agresión” cuando era niño, que resulta ser el “mal encuentro” inicial: se trata de los toqueteos cometidos por una persona de su entorno. Más allá de la irrupción de lo real del goce sexual, lo que más lo marca es el veredicto del juez y las consecuencias de su aplicación. Su agresor, declarado culpable, sale libre del tribunal. En efecto, después de varios años de prisión a la espera del juicio, recibe el beneficio de la excarcelación. “Me destruyó; es

como si no me hubieran oído”. La decisión del juez pasando desapercibida para Benoît, acentúa su sentimiento de ser objeto del goce del Otro. Elijo contrarrestar la pendiente melancoliforme de este sujeto, que no se siente escuchado, precisándole que su agresor ha sido condenado, que se ha impuesto una sanción. Cuando Benoît, vestido con mangas cortas, muestra en las sesiones las marcas de su cuerpo, le pido que vaya a urgencias para evitar infecciones y establezco visitas de enfermería para su cuidado. También me intereso por “su costado romántico y sentimental” que lo conecta más con el lado de la vida.

Los partenaires que encuentra Benoît no están muy disponibles. Se siente solo y se queja de ello. Yo me convierto en el lugar donde su voz es escuchada. Su esfuerzo sostenido por situar su posición en el Otro, y dirigírmelo, atempera su intoxicación. Su práctica del *chemsex* y su consumo de drogas se vuelven más ocasionales, y menos el centro de nuestras sesiones. Más “sujeto de la palabra que aquel del goce”², Benoît parece poco a poco desprenderse de su modo de goce para aferrarse un poco más al Otro y salir de la soledad de su delirio de víctima. Actualmente, ocupa el cargo de funcionario municipal electo.

2 Miller, J.-A., *op. cit.*

EL CUERPO DEL DELIRIO

José Manuel Álvarez (Barcelona)¹

Es un clásico en la clínica de las adicciones las eclosiones delirantes al interrumpir los consumos, lo cual está en la línea del título *Delirio* o *Tóxico*. Pero también configuraciones donde el tóxico opera de rampa de lanzamiento hacia un universo delirante en el que el sujeto vive experiencias inefables que cesan cuando el tóxico es suspendido. El erróneo diagnóstico de *psicosis inducido por sustancias* tiene aquí su carta de ciudadanía clínica.

Al revés, fenómenos elementales muy discretos pero incisivos, otros muy ruidosos y peligrosos, se estrellan contra la muralla del tóxico ofreciéndole al sujeto una paz y una calma que ningún otro remedio ofrece, ni siquiera el más sofisticado salido por la puerta grande de la industria farmacéutica.

Una tercera presentación - y queda alguna más -, muestra el par *delirio* y *tóxico* en intrincadas conexiones, y en el que se puede rastrear una combinación de fallas, tanto del tóxico como del delirio, ambos usados para abordar el abismo insondable de la forclusión.

Es el caso del Sr. S., 58 años, consumidor desde los 20 y que ha pasado 12 años en la cárcel por tráfico de estupefacientes y secuestro. Estaba en constante riesgo de pasaje al acto agresivo cuando llegó a nuestro Centro.

Como “a alguien le tengo que dar cuenta de lo que me está pasando”, encuentra en el analista al *secretario del alienado* en el que depositar el testimonio de un sufrimiento desde su entrada en prisión, que se desarrolló lenta pero insidiosamente.

Con consumos puntuales de heroína fumada y alcohol cuando lo comenzamos a atender, refiere que todo empezó antes de los 20 años, cuando se desató un dolor de inconmensurables proporciones que le llevó a estar acompañado constantemente en su quehacer diario por un “¡Ay!”, que nombra un dolor insoportable en la juntura más íntima de su ser y que se extiende por todo su cuerpo. El encuentro con la heroína, “que me daba mucho miedo por tener que pinchármela”, será su cura instantánea, “de pronto me encontré curado de ese ‘¡Ay!’ constante”. Sin embargo, esa terapéutica abrió paso a la falta de recursos económicos, la dificultad para encontrar trabajo y a su actividad delincencial con la que dio con sus huesos en la cárcel. Allí los consumos también eran puntuales, pero entonces irrumpió lo que para el médico era una gastroenteritis, aunque para él era una muy dolorosa *úlcer*a de estómago que sólo calmaba con *Primperan* y ocasionalmente con una medicación inyectada en la enfermería penitenciaria.

1 Participantes: Irene Domínguez, Erick González, Nicanor Mestres, Fernando Juárez.

A la salida de prisión y buscando alojamiento, pasó un coche “Y solo era un coche que pasaba. Pero fue pasar, y me lanzó el mal...”. Un mal que nombrará como “una malaria”; luego y más precisamente “una rabia”. Rabia que data de cuando comenzaba a consumir heroína y olvidaba lo que pensaba: “Estaba pensando en algo y me olvidaba de lo que pensaba, y me entraba rabia. Era mucho más leve que ahora, pero ya de aquellas me entraba”.

En la cárcel, su mundo comenzó a poblarse de señales extrañas: “Me olvidaba de los pensamientos y de lo que ponían en la TV, y me daba rabia. Escuchaba ruidos extraños que venían de las otras celdas, y me daba *más* rabia. Alguien manejaba todo eso para que me olvidase, estoy seguro”.

La rabia que le “entraba” en aquella época era una “rabia dulce”, a diferencia de la que ahora le arroja un cortejo de individuos que pasan a su lado y que es imposible evitarlos aunque cambie de acera, los esquive, etc., porque “siempre te acaban *rozando*, te echan la rabia y te dejan mal”. Es un mal profundo, devastador, “es que me dejan mal, pero mal mal, con una rayadura tremenda durante horas. Te falta el aire, y te tienes que sujetar de lo mal que te pones. No sabe usted, don José Manuel, lo mal que se pone uno. Me dan ganas de hacerles algo, pero no quiero volver a prisión; por eso les digo barbaridades, pero barbaridades, es lo único que hago. Pero ganas de hacerles algo no me faltan, no”.

Explicará que esta rabia es una “rabiaza”; una rabiaza en la que se incluyen los autorreproches por su pasado consumidor, por haberse gastado mucho dinero, perdido su vivienda y haber acabado en un albergue. Lo que arroja una mancha negra sobre el origen humilde de sus padres en el trabajo de las tierras cuyo dueño era un *juez*, “por cierto, muy rico...”, y haber acabado en la cárcel. Todo ello orquestado por “*El Dios Eterno* que va creando otros dioses. Son jefes que ponen a sus órdenes a la gente normal y corriente, y que luego me lanzan la rabia por transmisión de ondas mediante las cuales me envían el mal” con el fin de matarlo, que el paciente, en definitiva, muera. Y muera “para dar continuidad a la vida del mundo, a la renovación de la raza humana (...) Es la creación del mundo, el poder de tenerlo suspendido en el espacio *sin que se sujete por ningún eje*... Por un lado, lo paso muy mal cuando me echan la rabiaza; por otro, me da mucha alegría saber lo importante de que yo sea el medio por el cual se consiga eso”.

Si “delirar” apunta a un *salirse del surco*, desde nuestra orientación podemos decir que, claramente, es un modo de encontrar uno. Muchos lo logran sin ayuda. Otros fracasan estrepitosamente poniendo en juego su vida y su deseo. Para aquellos que se encuentran con un psicoanalista, este debe estar dispuesto - siempre en contra de sí mismo -, a ofrecer un lugar donde el sujeto pueda desplegar su drama en forma delirante para que, de su *conversación* con el goce devastador, pueda emitirse un juicio ético que lo encarrile por una vía que articule algo de su deseo, o incluso un símil de deseo.

El Sr. S., - actualmente también en tratamiento con *Metadona* -, deja ver con meridiana claridad un “¡Ay!”, significante de un “desorden en la juntura más íntima del sentimiento de la vida”, cuya base sorda es una angustia absolutamente irrespirable que causa una conmoción tal, que ha de ser paliada con una heroína que *también* deja las huellas de su falla en las afecciones estomacales que el paciente seguía padeciendo de forma intermitente, y que en algunas ocasiones

requirieron ingresos de urgencia. Aquí lo imposible de la castración retorna bajo la forma de la úlcera, los autorreproches, e incluso y probablemente, la falla paterna se haya suplido en su momento con su actividad delincencial que lo llevó a ser encerrado entre los muros de la cárcel, no sin antes pasar por la sentencia del famoso juez. En definitiva, el delirio viene a operar de localizador de la libido tóxica desatada, “sin eje”.

Resta decir que los fenómenos corporales, en su estatuto de *elementales*, están en primerísimo plano, y que dicho cuerpo suele ser tomado por el delirio para trazar una *cartografía* en la cual el sujeto pueda localizarse, es decir, inventarse un *eje* allí donde nunca hubo uno. Y también muestra que, a falta del cuerpo del delito, el cuerpo es un cuerpo del delirio.

¿SOBREDOSIS O DELIRIO ORDINARIO?

Vic Everaert (Bruselas)

Recorrido

Hace 6 años, Eddy, de 40 años en ese entonces, fue derivado por un servicio psiquiátrico donde permaneció un año debido a quejas de índole depresiva. Él me explicó que, ahora que llevaba 4 años sobrio, “lo social se había vuelto aún más difícil”.

Desde la adolescencia, la pregunta “¿qué hacemos aquí?” lo persigue. Es hospitalizado después de ingerir medicamentos. No fue “un verdadero intento de suicidio”, dice. “Me imaginaba un hermoso funeral, pero temía que una fallida sobredosis me dejara discapacitado. En ese momento llamé a mi madre”. Este episodio marcó un primer viraje en su vida: un cambio de escuela y de su círculo de amigos. Tal vez la idea de una discapacidad visible le salvó la vida... En efecto, Eddy se destaca por su gusto por la ropa de marca y los cuidados que le da a su imagen.

Antes de cumplir los treinta, consumía anfetaminas y alcohol. En aquella época regenteaba una cafetería: “Soportaba el contacto con los clientes gracias al alcohol”. Tras la quiebra, estudió enfermería psiquiátrica. A los 36 años interrumpe el consumo, y a los 37, conoce a Charles, su actual marido.

A sus 39 años, la hospitalización que precedió a nuestro encuentro fue consecuencia de un conflicto en su lugar de trabajo. Eddy había presentado una queja contra la dirección en respuesta a la decisión de reemplazarlo en un congreso. Un colega de edad avanzada no quería compartir habitación con él debido a su homosexualidad. El hospital propuso que otro colega fuera en su lugar. Eddy nunca volvió a ese trabajo. Cabe señalar que su madre también le había reprochado su homosexualidad de la manera más cruda. Añade que, en el trabajo, “siempre tenía miedo de cometer un error”. Esta observación contrasta con su estilo irónico y provocador, así como también con los momentos en los que tiene una alta estima de sí mismo.

Luego de su hospitalización, atraviesa un periodo marcado por un gran vacío. “Sobreexcitado”, se aburre, se enfada, es sarcástico y necesita lo que él llama “un nuevo sistema”.

Toma dos decisiones: abandonar su región natal e instalarse en el departamento de Charles para luego casarse con él. Estas decisiones, puramente pragmáticas, le ofrecen un nuevo marco para su vida.

Fluctuaciones y pendientes

El recorrido de Eddy está signado por grandes cambios. Fluctuaciones constantes entre “desesperado” y “excitado”, problemas con el lazo social y dificultad para construir un cierto saber sobre sí mismo. También diversos consumos sobre el fondo de una omnipresente atracción por la muerte. Él cree que es bipolar.

La pendiente suicida siempre ha estado presente como solución última. Investigó sobre la posibilidad de la eutanasia por sufrimiento psíquico.

Por otro lado, se cree inmortal y reconoce haber encontrado escritos en los que se imagina llegando a los 126 años: “Sabía que eso era una fantasía, pero me ayudaba”.

Desde hace dos años, atraviesa episodios de crisis en los que está convencido de ser objeto de fuerzas exteriores. Él será víctima de complotos. Piensa que los demás fingen ignorar lo que ocurre y que sus teléfonos han sido manipulados. Escribe al Rey para advertirle, etc.

Tentativas de estabilización

¿Qué es lo que le da un punto de apoyo en su caótico camino?

Las cifras encuadran a Eddy. Le gusta pasear al aire libre, cuenta las distancias y la duración de sus trayectos. Controla su ritmo cardíaco. Se levanta 2 horas antes de salir para el trabajo. Tener un puesto de venta al aire libre implica todo un cálculo. Por ejemplo, intenta recuperar los gastos de combustible con las ventas. Sus operaciones de conteo inician y enmarcan cada una de sus actividades.

Tras 5 años de sobriedad, vuelve a beber. Intenta controlar su consumo mediante una aplicación, instala un alcoholímetro en su coche y mide el tiempo que tarda el alcohol en absorberse.

Como solución a las dificultades que experimenta en las relaciones sociales, recurre al uso de lo que denomina su “máscara”. Se dedica a denunciar irónicamente la hipocresía y la injusticia social. Beber le ayuda a soportar a los demás y a atemperar su sensibilidad ante su malicia. También le permitía pensar menos en cuestiones existenciales, aunque a veces lo hacía descarriarse. Por ejemplo, se le ocurrió organizar una fiesta para 500 personas en su antiguo bar el día de su boda: “Tengo la impresión de que el alcohol provoca en mí una especie de psicosis”.

Una solución por el tratamiento

En los dos últimos años, la situación ha empeorado. A pesar del sostén de una red ambulatoria, las crisis se multiplicaron y condujeron a hospitalizaciones de urgencia. Ante sus pensamientos suicidas, su médico le recetó un “psicoestimulante potente” (considerado como un estupefaciente en algunos países). Ha recuperado la vitalidad, como cuando me habló del efecto de sus largos paseos por la naturaleza.

Sin embargo, poco a poco empezó a aumentar las dosis de su tratamiento. Aparecieron ideas y proyectos volátiles de una tonalidad maníaca: reinvertir en su fe, acoger a un refugiado que conoció en la calle, limpiar la tumba de un viejo conocido en el cementerio, alquilar una casa en

mi calle, etc. Las convicciones interpretativas parecían reforzarse con las sobredosis de su tratamiento.

Hacia un delirio ordinario

Generalmente, cuando tiene tendencia a perderse en sus excesos, mis intervenciones apuntan a poner límites a un goce que desborda. Cuando la muerte se convierte en la última salida, escucho sin dar consistencia a lo que dice y, sobre todo, fijo una cita para verlo nuevamente. A veces, le doy consejos y lo animo a realizar determinadas gestiones administrativas o deportivas. Acuso recibo de sus mensajes escritos y a veces respondo a ellos.

Recientemente, mientras retomaba con dificultad su trabajo en una residencia de ancianos, aludió a sus “competencias técnicas”, muy apreciadas por sus colegas (toma de muestras de sangre, diálisis, etc.). En esta perspectiva, le sugerí que buscara un trabajo más técnico e individual, como en la Cruz Roja.

¿Podría Eddy encontrar de este modo una nueva protección o barrera? ¿Podría su ideal de ayudar a los demás, su identificación imaginaria al “buen técnico”, su uso de la máscara, funcionar como un delirio ordinario? ¿Se trataría de un delirio que aplazaría un poco la necesidad de buscar el efecto de revitalización y apaciguamiento en el consumo ilimitado de su tratamiento?

DELIRIO Y TÓXICO: ¿AMPUTAR LA VOZ DEL SALVADOR O SERVIRSE DE ELLA?

Pablo Sauce (Salvador)¹

El título del 4º Coloquio Internacional de la red TyA del Campo Freudiano², **Delirio o tóxico**, articula dos recursos heterogéneos ante la ventana que se abre al “infinito real del impulso de muerte”³ que impera entre *nosotros*⁴. El primer recurso, por la vía de la palabra, implica un “todos delirantes”; ya el segundo, por la vía de la intoxicación, implica un “todos adictos”. Para afrontar esta ventana solo contamos con la construcción de un saber. En la práctica institucional con adictos, ¿cuál es la relación entre el saber y el hacer en juego?

El modo de conjunción disyuntiva o alternativa del título: delirio **o** tóxico, implica una función de exclusión entre ambos. Esta función es instituida sistemáticamente por las prácticas terapéuticas que responden por la llamada Salud Mental; cuyas intervenciones implican algún tipo de amputación de lo que no encaja en la norma; es decir, de lo que surge en la escena como excesivo o disfuncional a los fines del vínculo social. Para poner en cuestión este modo privilegiado de conjunción, entre el recurso al tóxico o a la palabra, o su amputación en el tratamiento de las adicciones, buscaremos localizar en un fragmento clínico las funciones del tóxico, del delirio y del analista. Se trata de una viñeta en la que el analista se enfrenta con la reivindicación de S. por el derecho a intoxicarse para recuperar la voz que lo inspira a componer música: me intoxicó, luego deliro; dando lugar a un modo de conjunción concluyente que implica una función de inclusión y, a su vez, de relación causa-efecto entre el sujeto y su objeto. Una ilustración de la lucha por el derecho a la composición de un delirio, que resuena con el título “Delirio y tóxico”, y que se trata de una forma creativa de lograr un anudamiento bajo transferencia.

La respuesta terapéutica ante el cuadro presentado por S. fue la amputación del delirio y del tóxico: cuestión provocativa, ya que remite a cortar, quitar, sacar parte / pedazo. En medicina amputar sería una forma de eliminar algo para controlar el dolor, una enfermedad. Pero ¿de qué se trata cuando hablamos de la amputación del delirio y del tóxico?

1 Participantes: Cassandra Dias Farias, Cláudia Formiga, Cláudia Maria Generoso, Giovanna Quaglia, Maria Célia Reinaldo Kato, Maria Wilma S. de Faria.

2 Esta versión del texto contempla consideraciones de Giovanna Quaglia y Nadine Page en la discusión del caso en el Coloquio Internacional TyA.

3 Kaufmanner, H. *Lacan e a solução elegante na psicose*. Belo Horizonte, Relicário, 2023, p. 127.

4 “Nós”, la primera persona del plural, equivoca, en portugués, con nudos, anudamientos.

Delirio y Tóxico

El joven S. pasaba el tiempo aislado, componiendo canciones, jugando videojuegos y fumando marihuana. Al final de la adolescencia, ya bajo el consumo regular de marihuana, a partir del uso de *ayahuasca*⁵ en el contexto de un ritual de origen indígena, se rompe el marco de su realidad psíquica y comienza a escuchar voces. Localizamos en este encuentro con el alucinógeno la intrusión de un goce inédito, no significantizado. En la perspectiva de la invención, ante el rompimiento de este marco subjetivo, la construcción de una solución que permitiera la reconstrucción de su realidad psíquica se apoyó en un rasgo identificatorio al padre, en lugar del Ideal, que funcionó como soporte: del gusto por la música deriva el compositor. Desde el encuentro con el alucinógeno, en la adolescencia, y ante la irrupción de un modo de goce absolutamente nuevo, sin el apoyo de un discurso constituido ante el llamado del significante en lo real, surge la respuesta de S. a través de la reencarnación de una figura mítica: la del Salvador de los espíritus puros que aún no han sido bautizados por las cruzadas hechas en el Nombre del Padre. Esa será su misión, la cual consiste en la transcripción de melodías dictadas por una deidad no afectada por la intervención del bautismo. A través de las composiciones musicales S. instaura una secuencia con intervalos, suspensiones, escansiones y variaciones características de la estructura del cálculo correlativo a lo simbólico⁶. Esto produce un significativo apaciguamiento, aunque sea temporal. Cabe destacar que presenta absoluta falta de interés por el encuentro con el otro sexo.

Tiempo después es internado bajo el argumento de abuso de marihuana, al que se atribuye su posición de rechazo de los dichos del Otro social y su aislamiento de la familia. Se prohíbe el acceso a la droga y se aplica TEC: cesan las voces, S. dice sentir un vacío insoportable y amenaza con el suicidio. Desde los efectos de amputación de la voz, tanto por la prohibición de la droga como por la aplicación de la TEC, localizamos otra intrusión de goce que deja al sujeto privado de ese “más-de-vida” que encontró en la droga y que no deja de reclamar tras su pérdida. Nos preguntamos: ¿el nombramiento de *Salvador*, en una perspectiva mística, sería lo que lo mantiene a distancia del encuentro con el problema sexual? Pero, ¿sería esto posible sin la función del tóxico que le permite conectarse particularmente a la voz de esa deidad que inspira en él la composición significativa? El hecho de que la pérdida del vínculo entre tóxico y delirio haya sido concomitante a la privación de la droga induce a inferir una relación causal entre ambas; así, es a partir de esta privación que pasa a defender su derecho a intoxicarse. Aquí, surge la hipótesis de que el efecto del encuentro con la ayahuasca puede haber creado las condiciones para la asociación causal entre la marihuana y la voz.

El encuentro con el analista fue consecuencia del desajuste entre su realidad psíquica reconstituida por la invención delirante y la otra realidad, a vincular e imponer por el Otro social. Desajuste producido a partir de la amputación del plus-de-gozar obtenido con la droga. Desde ese momento, el analista pasará a cumplir la función del secretario de S. y a mediar la resolución de los impasses producidos con el Otro social; al tiempo que se instala un intercambio de ideas sobre las estrategias utilizadas por S. en los videojuegos y sobre sus gustos musicales. Después

5 Té de hierbas y cipreses del Amazonas con propiedades alucinógenas, la Ayahuasca es parte de la medicina de los pueblos indígenas, siendo usada en rituales religiosos para abrir la percepción.

6 Kaufmanner, H. *Idem*, p. 88.

de un período de intercambio, en el que el analista pregunta sobre la composición musical, S. recupera la inspiración y retoma sus composiciones. Deja de reclamar el derecho a intoxicarse y no hace referencia a la voz inspiradora.

¿Qué pasó entonces con la solución consonante entre el tóxico y el delirio? Consideramos que después de la amputación del goce de la droga, se impone al sujeto un reajuste de su posición subjetiva que lo lleva a buscar nuevas soluciones. En función de la entrada en escena del analista, no sin la voz como objeto de uso; a medida que S. incorpora el recurso a la palabra, el tóxico puede haber dado lugar a otros arreglos, menos extraordinarios, no tan vivos; pero más compatibles con el Otro, especialmente en su dimensión social.

Consideramos que en este tratamiento dado a la voz como objeto libidinal, la persona del compositor proporciona semblantes de la cultura y propicia identificaciones que sirven de atadura transitoria, enmiendas que funcionan como vínculos con el Otro social.

ABSTINENCIAS Y DELIRIOS

Benjamín Silva, Sabina Serniotti, Matías Meichtri Quintans (Argentina)

En la enseñanza de Lacan, fenómeno elemental y delirio comparten ambos la misma estructura de lenguaje, lo que permite afirmar - siguiendo a J.-A. Miller - que el S_1 es siempre elemental, ya que no se sabe qué significa². Sólo a partir del S_2 puede surgir la significación de S_1 , lo que pone a todo sujeto en la situación de tener que descifrar un significante, de lo que deducimos una coherencia entre saber y delirio. Ahora bien, si “todo saber es un delirio y el delirio es un saber”³, nos preguntamos a qué lugar viene el tóxico en el sujeto de la palabra, y si esta opción le ahorra la construcción del S_2 , es decir, del delirio.

Presentaremos dos viñetas que muestran al inicio del tratamiento, cómo acontece la abstinencia de la sustancia cuando se desarma una solución y cómo - bajo transferencia - es posible ubicar el punto en el que todo sujeto se ve enfrentado a tener que descifrar un significante.

R. consulta a partir de una discusión con su esposa. Habían bebido demasiado. Sus “cagadas” suelen estar atravesadas por excesos en el consumo. Con respecto a ese significante, despliega su novela familiar articulada a los orígenes “sucios” de su madre, que carga como un estigma. En efecto, su madre nació de una relación incestuosa de su abuelo con una sobrina. Recuerda con desagrado una escena donde ve a la abuela excedida de alcohol. Advierte que estas coordenadas participan de las tensiones permanentes con su pareja. Al trabajar sobre este hallazgo, menciona: “por eso también quiero limitar el alcohol”. Dice que consumir alcohol lo deja más predispuesto a que aparezca “el pariente pobre de la duda”.⁴ De este modo, comienza a desplegarse un sentido alrededor del acto de consumir.

L. es alojado en un hogar para personas en situación de calle. Manifiesta fenómenos de dolor en el cuerpo y agresiones de los otros. A partir de estos síntomas la institución le impone la abstinencia de su consumo de cocaína como condición para continuar siendo alojado. Así es derivado al centro de asistencia en adicciones. Plantea que se está tornando insoportable la abstinencia, ya que cuando consume cocaína estos dolores “no existen”. También dice sentirse víctima de la hostilidad del Otro. Comienza a tener sueños que no tiene cuando consume, figurando, por ejemplo, un cuchillo que el otro atraviesa en su cuerpo. Interrogado por las razones de su consu-

1 Participaron: Ignacio Degano Ábalos, Andrea Fato, Santiago Kler, Miguel López, Laura Mercadal, Federico Quintín, Lucila Ruiz Imhoff, Georgina Vorano, Luis Darío Salamone, Darío Galante y Guillermo Drikier.

2 Miller, J.-A. *El saber delirante*. Buenos Aires: Paidós, 2021, p. 94.

3 *Ibid.*

4 Alusión a un fragmento de la canción *Corre, dijo la tortuga* de Joaquín Sabina.

mo, confiesa: “A mí me pasó esto por un trabajo que una mujer hizo con unas brujas, empezaron haciéndoselo a mi abuelo por una mujer a la que le debía plata por sexo, pero después me lo empezaron a hacer a mí. En la otra provincia donde vivía sentía las voces de las brujas y por eso me vine a Córdoba, para que las energías de esas brujas no lleguen hasta acá”. L. le supone al consumo de cocaína la capacidad para “no sentir ni escuchar a estas brujas”.

De la abstinencia al delirio o retorno

R. comienza a desplegar en transferencia el delirio edípico que vehiculiza una trama simbólica “en sintonía con los discursos heredados”⁵. Así el sujeto puede poner en serie su borrachera con la de su abuela donde, gracias al desplazamiento, para él es posible preguntarse por el “sujeto” origen y los efectos en relación al *partenaire* que derivan en las “cagadas”. Su abstinencia se inserta en una trama simbólica y forma parte de un saber hacer con el consumo.

En L. la abstinencia se impone - así como el consumo mismo -, y hace presente el vacío de significación, movilizándolo en transferencia la prosecución de un trabajo con el significante. La emergencia de fenómenos elementales confrontan al sujeto a un estado de perplejidad como índice de un goce indecible que opera pulsando la construcción de un Otro malo, en un intento precario por amortiguar la intensidad de las perturbaciones en el cuerpo. De allí, el necesario esfuerzo por construir un sentido, una elaboración que venga al lugar del S_2 en un intento de atemperar la invasión de goce en el cuerpo y en el Otro.

Abstinencia posible - Abstinencia impuesta

Si el recurso al tóxico se hace prescindible en un caso, haciendo posible una abstinencia, en el otro, la abstinencia impuesta hace emerger un delirio precario, hecho de piezas sueltas, que no alcanza a tratar el goce invasivo. Podríamos pensar que la intoxicación inhibe la construcción de sentido, ahorrándole al sujeto el trabajo de significación o como decía Freud, de “reconstrucción”⁶. En este punto, conviene distinguir las modalidades de la ficción delirante según la eficacia con que cada uno logra emplazar una defensa contra lo real.

De manera que prescindir de la articulación con el S_2 impide la emergencia del efecto sujeto y con ello, las vacilaciones derivadas de su falta en ser, pero no por ello se impide el surgimiento del sujeto en lo real, es decir, de aquellos fenómenos que lo confrontan a ese “curioso efecto de interrogación sobre el sentido”⁷. De allí que la operación toxicómana permite obturar ese efecto de interrogación que vincula el significante al sentido. Será por ello que Freud denominó a este recurso como “el más brutal pero el más eficaz”⁸: con poco trabajo y sin tantos rodeos, el sujeto se inmoviliza en un fenómeno de sentido cero, amordazando la ficción por venir.

5 Cf. Editorial de *Pharmakon Digital* 5.

6 Freud, S. La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis. Buenos Aires: Ed. Amorrortu, Vol. XIX, 1990, p. 195.

7 Miller, J.-A. *El saber delirante*, op. cit., p. 93.

8 Freud, S. El malestar en la cultura. Buenos Aires: Ed. Amorrortu, Vol. XXI, 1999, p. 77.

Aclaraciones

En el primer caso, “el pariente pobre de la duda” fue una nominación ingeniosa, un *Witz* que R. produjo inadvertidamente en una sesión, al interrogar las relaciones entre exceso de alcohol, inseguridades y escenas de discusión con su pareja. Fue recortado en su análisis como un modo privilegiado de nombrar el fantasma de indignidad que lo acecha, en articulación con el síntoma de la duda y las inseguridades. No es el amor, sino su reputación lo que lo conduce a buscar la abstinencia y la regulación. La elaboración de un saber, vía la transferencia, le permite realizar maniobras y acotar el goce en juego, así como advertir con más frecuencia los signos de la escena, antes de realizarla.

En el segundo caso, L. llega escapando de ciertos fenómenos particularmente persecutorios. En su errancia llega a la ciudad de Córdoba donde es alojado en un hogar, institución de orientación católica. Pasados los primeros días de alojamiento empieza a padecer algunos fenómenos de cuerpo, dolores sin causa, que ya sintió en momentos de abstinencia. Dicha institución le impone la abstinencia y le sugiere comenzar un tratamiento en una institución en la que no se impone la abstinencia como condición para el tratamiento, donde es recibido por un practicante del psicoanálisis. El trabajo va decantando en situar la eficacia que la cocaína tiene para alejarlo del goce invasivo en su cuerpo y de la certeza de la malignidad del Otro.

A modo de confesión, comienza un trabajo de elaboración delirante cuya significación lo estabiliza. Los fenómenos de cuerpo y la certeza de malignidad del Otro, desencadenado por la abstinencia, se apaciguan. Su vida transcurre entre el tóxico, la abstinencia y la ficción delirante.

DEL BEBER AL BEBÉ

Cristina Nogueira (Belo Horizonte)

El psicoanálisis de orientación lacaniana se ha centrado en los síntomas contemporáneos en la medida en que los lazos sociales se reconfiguran. Desde Freud², las formaciones delirantes se presentan como una especie de remiendo de una fisura abierta en la relación entre el yo y el mundo exterior, franqueadas por un mundo de fantasía, una especie de reserva contra las exigencias de la vida. Lacan³ nos dice de esa ruptura: la realidad sacrificada es una parte de la realidad psíquica. Esa parte es olvidada, pero sigue haciéndose oír, de una forma simbólica.

Lacan⁴ define la pulsión como siendo “...el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir”. Hace alusión, no solo a ese efecto sobre el cuerpo, sino también a su insistencia. Da la orientación de que un análisis debe ir más allá de lo simbólico y de lo imaginario y apuntar a lo que toca el cuerpo del sujeto - buscar, más allá de las palabras que el sujeto enuncia, un rasgo de goce que ex-siste en el nivel del decir. Si un análisis implica leer rastros de goce, debe incidir también sobre la pulsión, sobre las marcas de goce dejadas en el cuerpo por el encuentro con el significante.

En los usuarios de drogas, la orientación lacaniana nos invita a seguir el rastro de lo real del goce en una repetición que es pura iteración. Aislar esa marca singular del goce, cernir la función de la droga y verificar como opera la relación del sujeto con el consumo nos orienta en la dirección del tratamiento. Antonia nos brinda elementos que permiten captar cómo la apuesta en la transferencia al psicoanálisis incide sobre la relación con la sustancia, abriendo la posibilidad de tejer una forma de delirio que restablezca un lazo social más compatible con la vida.

Ella llegó al tratamiento con 48 años y hacía uso del alcohol desde los 20, con daños serios después de la separación del marido, por la dificultad en administrar, sola, la casa, los hijos y el trabajo. En esa época participó del AA, interrumpió el consumo y se volvió a casar con un hombre, un “gran amor”, que allí conoció. Él la ayudó a cuidar a sus hijos y a mantenerse organizada durante años, hasta que ocurrió un episodio con un bebé al que se le quemó un pie en la incubadora del hospital donde ella trabajaba como enfermera. Fue apartada bajo sospecha,

1 Participaron: Aléssia Fontenelle, Cláudia Reis, Daniela Dinardi, Leonardo Mendonça, Mauro Agosti, Miguel Antunes, Tiago Barbosa.

2 Freud, S., “La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis” (1924), Buenos Aires, Amorrortu ed., vol. XIX, 1998, p. 191-197.

3 Lacan, J., *El Seminario*, libro 3, *Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós, 2009, p. 70.

4 Lacan, J., *El Seminario*, libro 23, *El sinthome*. Texto establecido por J.-A. Miller. Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 18.

se deprimió profundamente y volvió a beber. El segundo marido se involucró entonces con otra mujer, separándose de Antonia. La relación con un hombre la estabilizaba, pero también la desestabilizaba, cuando era abandonada vivía una devastación.

Inició tratamiento en el CAPS⁵ algunos años después de esos episodios, debilitada físicamente, deprimida y angustiada. Se interesó por los talleres de pintura, lo que la remitió a una escena de la infancia cuando una profesora rompió un dibujo suyo. Fue horrible, era el rostro de su madre, que ella intentaba hacer “revivir”. La madre había muerto cuando ella era muy pequeña y no se acordaba de ella. Le decían que era “revolucionaria para la época, que trabajaba, era elegante y alegre. Una víctima del destino”. Después de su muerte, los hijos se quedaron con el padre, que se volvió a casar.

Antonia pasó a hablar de sueños, asociaciones y presentó una mejora en el humor y en la salud. Hablaba de algunos recuerdos que no tenían sentido: niños, cuerpos y la perturbación que le causaban. Recuerda que enterraba muñecas y preguntó qué era lo que enterraba. Al día siguiente, demanda otra sesión y relata una escena en la que estarían el padre, un tío, una mujer de blanco, una caja con un bebé muerto. Lloro copiosamente y poco a poco explica que ahora entendía: su madre estaba embarazada, había atravesado un aborto y murió en el procedimiento. Se pregunta si la madre habría deseado abortarla cuando estaba embarazada.

Respecto a la transferencia, la paciente dice que la analista sería su consciencia. Cuando la analista queda embarazada, comienza a llamarla “mamita” y, en la misma ocasión, adopta una gata. La paciente continuó el trabajo de pintura, agregando elementos de lo femenino, y llegó a exponer sus trabajos. Una forma de tratar el real dejado por la muerte de la madre.

Antonia bebía y se volvía “loca”, pero no quería ser alcohólica como su padre, ni loca, sino una mujer “interesante”, “transformista”. Cuando estaba deprimida, estar “grogui” era una forma de “meter el sexo para dentro”, prescindir de él. En un sueño, estaba teniendo sexo con su novio y le cortó el pito duro, dentro de ella. Después, lo encajó de nuevo. Ella se ríe y dice que “no hay forma, que va a hacer otras cosas, no puede quedarse muerta”. Después de estas elaboraciones y sueños ella no volvió a hacer uso del alcohol, presentando un cuerpo más vivificado. El sueño de la relación sexual, corte y encaje, parece haber propiciado un efecto de localización del goce y la emergencia de un sentimiento de vida.

Podríamos pensar que ella trata el episodio traumático de la quemadura del bebé identificándose con el bebé muerto, articulada a la muerte de la madre. Antonia respondía a una cierta perplejidad con el recurso al alcohol, cuyo goce trataba la intolerable pérdida del sentimiento de vida. Con el tratamiento, ella puede ir organizando su historia, desidentificándose de este lugar mortificado. El análisis posibilita la inscripción de una nueva orientación para el goce, desplazando la iteración tóxicomana y abriendo otras formas de respuesta a lo intolerable de la separación y de la muerte.

La realidad construida en el análisis tiene elementos de delirio, de ficción y de invención. Antonia mantuvo el trabajo analítico durante 25 años, junto al acompañamiento psiquiátrico. Después de los 73 años de edad su salud se debilitó, pero solicitaba sesiones cuando tenía algún sueño o era perturbada por “sonidos de sirenas” que, asociados a los hechos trágicos vividos, la

5 Centro de Atención Psico-Social.

angustiaban. Nos parece que el tratamiento le permitió prescindir del alcohol y viabilizó la construcción de otra forma de conectarse con el Otro.

PERSPECTIVAS DE UNA ELABORACIÓN COLECTIVA EN LA CLÍNICA CON TOXICOMANÍAS

Fabián Naparstek (Buenos Aires)

En el 4° Coloquio Internacional TyA partimos del aforismo de Lacan *Todo el mundo es loco, es decir, delirante*¹, y lo hemos puesto en tensión con el tóxico. A partir de allí, ocho grupos de la red internacional del TyA del Campo Freudiano, distribuidos en diferentes lugares del mundo, han presentado sus elaboraciones. Fundamentalmente a partir de la práctica clínica que llevan a cabo día a día.

El par delirio – tóxico se ha presentado desde diversas perspectivas. En el prólogo, los colegas de París aseveran que si se delira lo suficiente, no haría falta el consumo. Nos dan a entender que hay, cada vez más, un consumo ordinario, una droga para ser normal. En efecto, se arma el par entre *todo el mundo es loco* y un consumo que busca una droga para ser normal. En el trabajo que nos traen colegas de Argentina – el texto intitulado “Tóxico \diamond delirio” – la oposición se establece entre el silencio de la intoxicación y la cadena significante que es necesaria en el delirio.

A su vez, se desprende rápidamente un nuevo par entre intoxicación y abstinencia. Nuevamente la clínica nos lleva la delantera y muestra la necesidad de la prudencia hasta que se diagnostique la función que tiene la droga para cada sujeto. Los colegas de Barcelona nos recuerdan que interrumpir el consumo puede desencadenar un delirio, pero también el consumo puede provocar el delirio. En ese sentido, el texto “Abstinencias y delirios” de colegas de Argentina, ubica el valor de una abstinencia bajo transferencia, donde el caso R. despliega un delirio edípico y establece una diferencia con el caso L., en donde el consumo de cocaína supone la capacidad para “no sentir ni escuchar a las brujas”. En este último caso, habría una abstinencia impuesta que dejaría al sujeto sin esa capacidad, al menos hasta que encuentre una alternativa mejor para no escuchar esas voces. De un lado, una abstinencia que permite una nueva respuesta y del otro lado, una intoxicación que aparece como una cura encontrada por el propio sujeto. Así lo plantean los colegas de Barcelona, el consumo para el sujeto presentado, tenía la función de curarlo ante el “Ay” constante del cuerpo. Se desprende así la necesidad de localizar el uso singular que cada sujeto puede hacer, tanto de la intoxicación, como de la absti-

¹ Lacan, J., ¡Lacan por Vincennes!, *Revista Lacaniana* n. 11, Buenos Aires, Grama, 2011, p. 7. Texto publicado nuevamente en *Scilicet Todo el mundo está loco*, Buenos Aires, EOL, 2024, p. 21.

nencia. Se trata de “la variable x”, como fue recordada en varias oportunidades en este colóquio, haciendo alusión al trabajo de Ernesto Sinatra sobre el concepto de *adixion*².

Por otro lado, se suma también el par conexión y desconexión con el lazo social. Par utilizado por los colegas de Brasil en el texto “Tóxico & Delirio: ¿amputar la voz del Salvador o servirse de ella?” La droga puede ser aquello que vehiculiza una conexión con el Otro o aquello que desconecta. Se ve en la orientación de los diferentes casos la búsqueda de una conexión con el Otro y con el propio cuerpo que sea soportable para cada sujeto. En el texto que acabo de mencionar “la figura del *compositor* podría ser una discreta invención que funciona como enganche al Otro social”. Los colegas de Brasil que presentan “Del beber al bebé” - una ficción bajo transferencia -, también se preguntan sobre “la posibilidad de tejer una forma de delirio que reestablezca un lazo social más compatible con la vida”. En este sentido, en el caso presentado por los colegas de Rennes, el sujeto “Matrixado” precisa desengancharse del pensamiento, pero no quedar totalmente suelto del Otro. A su vez, en el caso que presentan los colegas de Bruselas el sujeto lo dice con todas las letras: “cuatro años sobrio y lo social se había vuelto aún más difícil”. En ese sentido se preguntan si podría su ideal de ayudar a los demás, su identificación imaginaria al “buen técnico”, funcionar “como un delirio ordinario que lo enganche al Otro” de una nueva manera.

Quiero resaltar también el par de la práctica de intoxicación y algunas prácticas sexuales. En un caso presentado en el texto “Tóxico ◊ delirio” de Argentina, el consumo sirve para liberarse del “morbo que lleva adentro”. Es un consumo que intenta desprenderse de lo insoportable de lo sexual. Pero también se menciona en el argumento y en el trabajo de los colegas de París el *chemsex*. Una práctica sexual “bajo influencia” - si me permiten la expresión - que empuja a lo sexual. Una práctica que empuja a lo sexual extendido en el tiempo y tratando de burlar la alternancia fálica, que siempre supone una limitación. En efecto, si la droga es la que permite la *insubordinación con lo sexual*, como lo plantea J.-A. Miller, la época actual empuja a una práctica sexual - bajo influencia - que pudiese no tener limitaciones. Una nueva manera de *insubordinación sexual*. De hecho, la ciencia buscó una pastilla para la disfunción sexual de la erección y la primera sorpresa de los laboratorios fue que la usaban los jóvenes para poder sobrepasar la alternancia propia de lo fálico, para poder mantener indefinidamente lo sexual.

Finalmente me detengo en el último párrafo del texto de Bruselas, donde el analista plantea respecto del caso presentado, lo siguiente: “generalmente, cuando tiene tendencia a perderse en sus excesos, mis intervenciones apuntan a poner límites a un goce que desborda. Cuando la muerte se convierte en la última salida, escucho sin dar consistencia a lo que dice y, sobre todo, fijo una cita para verlo nuevamente. A veces le doy consejos y lo animo a realizar determinadas gestiones administrativas o deportivas. Acuso recibo de sus mensajes escritos y a veces respondo a ellos”. Este párrafo muestra al analista de orientación lacaniana - que como decía Lacan es lo más libre que hay en la táctica -, que está totalmente dispuesto a hacer la intervención que cada caso y cada momento de la cura amerite.

Pero también este Coloquio del TyA muestra que hay una elaboración colectiva que intenta pensar una clínica muy precisa que sigue una estrategia y que tiene una política. Una elabora-

2 Sinatra, E. *Adixiones*, Buenos Aires, Grama, 2020.

ción colectiva que empezó entre unos pocos hace mucho tiempo - más de 30 años - con la orientación de J.-A. Miller y que hoy sigue de manera ininterrumpida en una comunidad cada vez más numerosa y que en estos años sigue actualizándose. Espero que dentro de dos años el Congreso de la AMP en torno al tema de “No hay relación sexual”, sea la oportunidad donde el TyA vuelva a reunirse en forma presencial para continuar con nuestro trabajo.

Quiero agradecer, a cada uno de los autores de los trabajos presentados, a los colegas de la traducción - Tomás Verger, Catery Tato, Jorge Castillo, Tomás Piotto, Fernanda Turbat, Daniela Dinardi, Elisa Alvarenga, Giovanna Quaglia, Maria Wilma Faría, Cláudia Generoso, Cláudia Reis, Marie-Françoise de Munck, Wendy Vives Leiva, Violaine Clément, Pablo Sauce, Cassandra Dias - y también a los colegas de la comisión de organización de este evento: Pierre Sidon, Nadine Page, Nelson Feldman, Marie-Françoise de Munck, Éric Taillandier, Gloria Aksman, Giovanna Quaglia, Elisa Alvarenga, Alejandro Góngora, Anne Poumellec, y especialmente el trabajo de Ève Miller-Rose.



TEXTO DE ORIENTACIÓN

LA DROGA DE LA PALABRA

Jacques-Alain Miller¹

Me encuentro aquí en posición de agradecer a aquellos que han tenido a bien responder sin prejuizar la invitación que les llegó del Campo Freudiano y del Departamento de Psicoanálisis, por intermedio del GRETA². A los intervinientes, querría decirles hasta qué punto he sido sensible a su presencia y al espíritu que ha presidido este coloquio. Se ha caracterizado, me parece, por una motivación común que concierne a la toxicomanía. Esto ha hecho pasar, afortunadamente, a segundo plano, la polémica que a menudo borra o perturba el interés por la referencia clínica. Agradezco igualmente a la asistencia, que no solo ha sido numerosa, sino además, estudiosa, y que ha soportado notablemente esta muy densa Jornada.

Podría circunscribirme a eso; y, si digo algunas palabras más, deberían ser sometidas a discusión como todo lo que ha sido dicho hasta ahora. Desafortunadamente, el tiempo es insuficiente para que tal debate tenga lugar. Quizás encontremos la ocasión de organizar una nueva Jornada que lleve por tema lo que se anticipó aquí de manera demasiado rápida, y que muchos, seguramente, desearían discutir.

El falo en cuestión

Es cierto que este momento de cierre no es de ninguna manera un momento de concluir, que no es sino una puesta en suspenso, pues esta Jornada nos deja en suspenso. Ahora bien, ¿qué es lo que permite concluir, de una manera general? Siempre una articulación lógica, y esto vale también para la clínica psicoanalítica, en la medida en que ella se articula, si es freudiana, con las funciones de una categoría que nos viene indiscutiblemente de Freud – incluso si ha esperado a Lacan para ser formalizada –, a saber, el falo. Porque el psicoanálisis no atañe al sujeto sino en tanto que éste se relaciona con esa categoría, en tanto se inscribe en la función fálica según modalidades diversas.

Esta categoría está claramente articulada en Freud, puesto que él distingue, aparte del registro del fin sexual, el del problema sexual, es decir, del problema de la castración en tanto concierne a un saber, un conocimiento - el término es de Freud - sobre el sexo. Tratándose de la toxicomanía, esta categoría freudiana del falo, ¿aparece o no como operatoria? Hay allí una difi-

¹ Jacques-Alain Miller es psicoanalista en París, miembro de la ECF y fundador de la AMP.

² Texto publicado con la amable autorización de J.-A. Miller, inicialmente bajo el título « Clôture » en la revista *Analytica* n° 57, París, Navarin, enero de 1989, p. 131-138. Este volumen, agotado en la actualidad, agrupa los trabajos de la primera Jornada organizada por el GRETA (Grupo de investigaciones y de estudios sobre la toxicomanía y el alcoholismo). Este texto fue nuevamente publicado en el Boletín *Accès à la psychanalyse, Addiction* de la Asociación de la Cause freudienne en Val de Loire – Bretagne, n° 15, Septiembre 2023, p. 15-22., edición revista por C. Sandras y D. Botté, con la contribution de R. Aubé, no releída por el autor.

cultad. El signo es que, comúnmente, en la cura del toxicómano, se habla del destete y no de la castración. ¿Creemos poder efectuar esta operación de renuncia a la droga por la palabra, o bien el destete de la – o de las – sustancias tóxicas es la condición, la condición previa a la cura por la palabra? La segunda opción es la que nos ha presentado Claude Olievenstein. Desde el punto de vista del Campo Freudiano ¿no podemos decir, en efecto, que el recurso a la sustancia tóxica es precisamente utilizado para cerrarle al sujeto el acceso al problema sexual?

Un real que insiste

Es cierto que la toxicomanía le impone la modestia al psicoanalista. Y me parece que la mayor parte de los psicoanalistas que han asistido a esta Jornada vinieron para aprender de aquellos que, más regularmente que ellos, han tratado toxicómanos. Si Lacan invitaba a los psicoanalistas a no retroceder frente a la psicosis, es justamente porque el psicótico es demandante con respecto al psicoanálisis. ¿Pero lo es el toxicómano? Y si lo fuera, ¿no sería más bien el analista el que retrocedería frente a la toxicomanía? En efecto, la toxicomanía presenta al analista un síntoma sobre el cual los efectos de verdad de la palabra pueden aparecer sin asidero, un síntoma que obliga a desunir las estructuras de ficción de la verdad y un real que resiste o que insiste.

Nos queda que la droga da lugar a una auténtica experiencia para el sujeto, que no sabríamos poner en duda, y que incluso ha producido su propio vocabulario, sus propias expresiones. No es, sin embargo, una experiencia de lenguaje, sino, por el contrario, lo que permite un cortocircuito sin mediación, una modificación de los estados de conciencia, la percepción de sensaciones nuevas, la perturbación de las significaciones vividas del cuerpo y del mundo. Por otra parte, hemos visto, con la exposición de Michel Reynaud, que incluso existe una zona de indiferenciación, de recubrimiento entre el tóxico y la terapéutica. Ha estudiado casos que podríamos llamar verdaderas *terapéutico-manías*, cuya referencia podría muy bien ser el *pharmakon* analizado por Jacques Derrida, recordado por Jean Dugarin, y que está en el centro de la obra de Sylvie Le Poulichet.

Esta Jornada ha juntado al toxicómano y al terapeuta. Ha dado la palabra a los terapeutas, que hablan más gustosamente que los toxicómanos; ha reunido a los hombres que están en este campo, pues son ellos quienes tienen derecho a la palabra, dado que son ellos quienes autorizan al Campo Freudiano a interesarse por la toxicomanía.

El objeto-droga

Pero, a partir de la experiencia analítica, ¿qué podemos decir de la toxicomanía? Hemos comenzado a verlo hoy: los psicoanalistas subrayan que algo obstaculiza la entrada y el mantenimiento en análisis del toxicómano. Se trata entonces de un saber negativo. Entonces, ¿cómo articularlo en algunas preguntas que podríamos encontrar la ocasión de retomar?

La primera de estas preguntas se refiere al término mismo de toxicómano. ¿En qué medida es un atributo clínicamente válido del sujeto, si él es sujeto de la palabra? Con gusto habría planteado al Prof. Bergeret esta pregunta: ¿es la toxicomanía una categoría clínica bien formada? ¿Y en qué sentido? ¿Cómo se articula con las estructuras freudianas? ¿No habría que distinguir la toxicomanía como categoría clínica y el *objeto-droga*, para retomar una expresión usada aquí? El objeto-droga en tanto puede encontrarse inscripto en diferentes estructuras clínicas, neurosis, psicosis o perversión.

Quizás encuentre allí su lugar el dicho de Lacan, recordado por Bernard Lecœur y Hugo Freda: “la droga [...] es lo que permite romper el matrimonio con el pequeño pipí.”³ No es una definición de la toxicomanía, sino una tentativa de definición de la droga en tanto tal. Quizás hay que darle todo su valor a esta distinción, quizás en la experiencia analítica nos preguntemos menos por la toxicomanía que por la droga en su relación con el sujeto. Por eso considero que no está establecido que la toxicomanía pueda entrar en tanto tal en el Campo freudiano, sino solamente bajo las variedades – puede ser que toquemos allí uno de los límites del psicoanálisis – de la pregunta sobre el objeto-droga en su relación con el sujeto.

Un objeto causa de goce

A partir de allí, la droga aparece como un objeto que concierne menos al sujeto de la palabra que al sujeto del goce, en tanto ella permite obtener goce sin pasar por el Otro. La experiencia toxicómana parece hecha en efecto para justificar el uso que hacen algunos de entre nosotros del término goce como distinto del de placer. El placer está siempre articulado a la noción de una armonía, de cierto buen uso, incluso de una sabiduría –así Michel Foucault podía hablar sobre *El uso de los placeres*⁴. Ahora bien, hemos visto que hasta la psiquiatría soviética, de la que nos ha hablado Claudio Ingerflom, cuando trata de comprender la toxicomanía, encuentra la paradoja de este curioso hedonismo, de este deseo hipertrofiado de obtener placer. En consecuencia, me parece que la experiencia toxicómana justifica que se introduzca el término de goce para calificar lo que en este caso se sitúa más allá del principio de placer, lo que no está ligado a una moderación de la satisfacción, sino por el contrario a un exceso, a una exacerbación de la satisfacción que concluye con la pulsión de muerte.

De este modo, la fórmula de Markos Zafiroopoulos “El toxicómano no existe” se justifica ciertamente si se designa así el hecho de que la categoría clínica de la toxicomanía no está bien formada. Pero no resulta menos por ello que con el nombre de toxicómano se designe a un sujeto que ha entrado en cierta relación con la droga y que consiente en definirse cada vez más, en simplificarse a sí mismo, en esta relación con la droga.

En tanto no negamos la especificidad de los fenómenos toxicómanos, desde el punto de vista psicoanalítico, ¿no cabría decir que la droga se transforma en el verdadero partenaire esencial, incluso exclusivo del sujeto, un partenaire que le permite hacer un impasse con respecto al Otro y particularmente con respecto al Otro sexual? He aquí que podríamos estar tentados de decir que la droga procura o produce un excedente de goce, un *plus-de-gozar* imposible de desconocer bajo su faz del estado llamado de falta, de *falta-de-goce*. En consecuencia, podríamos también estar tentados de hacer de la droga un objeto *a* en el sentido de Lacan. Pero estoy totalmente de acuerdo con el Dr. Magoudi en decir que no podemos en ningún caso hacer de la droga una causa del deseo. Como máximo podemos hacer de ella una causa de goce, un objeto de la más imperiosa demanda, y que tiene en común con la pulsión anular al Otro; la droga como objeto da acceso a un goce que no pasa por el Otro y en particular por el cuerpo del Otro como sexual.

3 Lacan, J., Cierre de las Jornadas de Estudio de Carteles de la Escuela Freudiana (1975), *Lacanianana* n. 17, Buenos Aires, 2014, p. 16.

4 Foucault, M., *Historia de la sexualidad*, vol. II, *El uso de los placeres*, Buenos Aires, Siglo XXI ed., 2015.

Insubordinación al servicio sexual

En la experiencia analítica encontramos corrientemente el recurso a la droga como salida de la angustia, como salida de la angustia frente al deseo del Otro, con el fin de apartarse de ello. Decir que con la droga se trata de un goce que no pasa por el Otro es, pues, un punto de referencia muy flojo que habría quizás que ajustar comenzando por oponer este goce con el goce homosexual, que moviliza el cuerpo de un otro, que pasa por el Otro, pero con la condición de que sea lo mismo. Agreguemos que esto sólo vale para la homosexualidad masculina, la que exige que el cuerpo del otro presente un rasgo particular, el de detentar el órgano. Desde allí podemos hablar de la renegación de la castración como principio de perversión, pero esto supone que el problema sexual haya sido planteado como tal por el sujeto y que le haya encontrado esta solución. Entonces, tendríamos que contrastar primero el goce que no pasa por el Otro, y el goce homosexual.

En segundo lugar, existe otro tipo de goce que no pasa por el cuerpo del Otro, sino por el propio cuerpo, que se inscribe bajo la rúbrica del autoerotismo. Digamos que es un goce cínico, que rechaza al Otro, que rehúsa que el goce del cuerpo propio sea metaforizado por el goce del cuerpo del Otro – y que queda en la historia ligado a la figura de Diógenes –, que opera ese corto circuito llevado a cabo en el acto de la masturbación, que precisamente asegura al sujeto su *matrimonio con el pequeño pipí*. Por allí, sin duda, el cínico contraviene la interdicción que recae sobre el goce y que es ante todo interdicción del goce autoerótico, al punto que podemos decir que la interdicción del incesto como interdicción del cuerpo de la madre no hace más que metaforizar la interdicción primordial del goce autoerótico. Pero este goce que pasa por el goce fálico es compatible con – e incluso ocasionalmente exige – el mantenimiento del otro imaginario en el fantasma.

Así, vemos quizá desprenderse la especificidad del goce toxicomaniaco que, en efecto, no pasa por el Otro, pero tampoco por el goce fálico. Entonces, Lacan está justificado al caracterizarlo ante todo por el hecho que *rompe el matrimonio con el pequeño pipí*: permite no plantear el problema sexual.

Por otra parte, un capítulo debería ser desarrollado: “toxicomanía y psicosis”. Philippe Sopena evocó a los que han preferido la toxicomanía a la psicosis. Es cierto que en la toxicomanía no podemos hablar en tanto tal de forclusión, dado que en la psicosis, si bien hay forclusión de la castración, esta retorna desde lo real, en particular en la paranoia, al punto que Freud pudo decir que el Edipo está demostrado en la paranoia. La toxicomanía es menos una solución al problema sexual que la fuga ante el hecho de plantearse ese problema. Si quisiéramos encontrar una categoría donde poner la toxicomanía junto a la forclusión en la psicosis, podríamos quizás apelar a la insubordinación – la insubordinación, diría yo, ya que Hugo Freda habló del servicio militar – al servicio sexual.

Un plus-de-goce particular

Dando un paso más que aquel que consiste en problematizar la toxicomanía a partir de la experiencia analítica, podríamos interrogarnos sobre lo que la toxicomanía misma aclara acerca del sujeto de la palabra. Nada, en efecto, nos objetaría decir que aquellos que no son toxicómanos – y aquellos que no se entregaron dos veces a esa experiencia, como lo precisa C. Olievenstein – no

se *disparen*, no sean *aplastados* por la palabra. Es porque existe un goce de la palabra, al cual estamos enganchados, que hacemos tantos coloquios. Lo que llamamos destitución subjetiva desde entonces sería también el destete del goce de la palabra, y el final del análisis, ¿por qué no?, un *desenganche*. Pero, evidentemente, la droga materializa o sustantiviza este goce que no es un placer, este goce que vale más que la vida como función vital.

Por otra parte, si en el análisis nos enfrentamos con un sujeto que juega su partida en relación con un saber sobre el sexo, y que la juega en la palabra, por el contrario, el que es llamado – quizás abusivamente – sujeto de la toxicomanía es un cínico extremo. Y se comprende que la biología molecular se vea tentada de abordar la toxicomanía a nivel del órgano causa, es decir, del cerebro, haciendo un *impasse* sobre la relación con el Otro. Sin duda, la toxicomanía se presta a esto.

Sin embargo, desde el punto de vista de la experiencia analítica, ¿no se puede mantener que, en la droga, la posición subjetiva está no obstante implicada? Y allí estaría de acuerdo con el imperativo del Dr. Carpentier de un retorno a la medicina del sentido – siendo todo el problema obtener del sujeto que dé sentido, y, en particular, sentido sexual a su dependencia–. Ahora bien, la toxicomanía lo obstaculiza, pues en el análisis, el sujeto espera el objeto del sujeto supuesto saber – y es lo que establece la transferencia –, es decir, que el objeto en cuestión, el *plus-de-gozar*, se sostiene esencialmente de la palabra, mientras que, en la toxicomanía, el *plus-de-gozar* está adherido a un producto de la industria. En definitiva, el analista debería ser un *dealer* de la droga de la palabra. Esta problemática, me parece, fue evocada por el Dr. Olievenstein, quien tal vez desmentirá esto.

Deshacer la identificación

Dejemos de lado el hecho de que, en la realidad social, existe el Otro de la droga, al que se le paga y a quien se dirige la demanda, pues este Otro de la droga, como lo recordaba el Prof. Bergeret, no tiene de ningún modo la solución del problema.

¿El acceso al goce de la droga para un sujeto no ha estado siempre trazado por lo que le ha venido de la palabra? En su punto de origen, la elección de la droga, ¿no ha estado siempre condicionada por el significante? Para esta pregunta hay sólo respuestas particulares, caso por caso. Me parece que la exposición realmente sensacional de Hugo Freda lo ha demostrado, indicando una salida, y que coincide con la de M. Zafiropoulos en ese punto: en todos los casos, la posibilidad del análisis pasa por el esfuerzo de deshacer la identificación bruta al *Yo soy toxicómano*. En consecuencia, desde el punto de vista de la experiencia analítica, todo lo que refuerce esa identificación está contraindicado – es menester que aparezca para el sujeto, no como necesaria, sino como contingente.

He hecho aquí solamente una lista de preguntas, que me parece que podrían retrabajarse en una Jornada, por ejemplo en un año, donde ustedes mismos, si lo desean, podrían, en un espíritu similar hacer un balance, después de que haya transcurrido un cierto tiempo para comprender.



ESTÉTICA DEL CONSUMO

UN DELIRIO DE DEDUCCIÓN

Aurelia Verbecq (TyA-Suiza)

Cuando se encuentra con su amigo el Sr. J.W., el Sr. S.H. consume drogas regularmente: tabaco, cocaína, morfina o heroína, según la época. Creados en 1884 por Arthur Conan Doyle, estos personajes de ficción literaria, el detective consultor Sherlock Holmes y su compañero el Dr. John Watson, fueron retomados y desarrollados en la literatura y en el cine, hasta llegar a las series de televisión protagonizadas por el dúo en el siglo XXI. Del Holmes freudiano de la literatura al Holmes lacaniano de los barrios bajos de las series de televisión, el personaje y sus avatares contemporáneos nos enseñan algo sobre la junción o la disyunción entre delirio y tóxico.

Retrato de un hombre moderno

Desde el primer Holmes de la literatura de finales del siglo XIX, las adaptaciones literarias y cinematográficas del siglo XX y las dos series de televisión (británica y estadounidense) del XXI, nos muestran a un personaje contemporáneo de su tiempo. ¿A qué viene todo este alboroto? ¿Será que en el delirio y en el tóxico - amor a la verdad y fascinación por un tóxico en su vertiente *pharmakon* - permitirían a cada uno reconocer allí un punto íntimo?

A finales del siglo XIX, Conan Doyle creó un personaje que se estimulaba consumiendo diversos tóxicos. Entre ellos, tabaco, cocaína e incluso morfina como estimulante intelectual, en pequeñas dosis, tal y como Freud estudió en *Über coca* en 1884. La práctica detallada en los libros debe leerse en el contexto del Londres del siglo XIX, atrapado en el mercado global capitalista de las drogas, antes del cambio político y moral del siglo XX. Las adaptaciones cinematográficas están cambiando esta relación con las drogas, a imagen de la sociedad. Las películas y series del siglo XXI muestran a un personaje más en contacto con su objeto de goce. El consumo es más visible en las pantallas; la serie británica "Sherlock"¹ desarrolla a un Holmes atrapado en un pornorizado consumo de cocaína, con efectos visuales que reproducen las alucinaciones provocadas por la sustancia. La última serie estadounidense, "Elementary"², muestra a un ex heroinómano, Holmes, recién salido de un tratamiento de desintoxicación, y al doctor Watson como una madrina de abstinencia. La democratización de la droga hace que los tóxicos cambien según la época, dejándonos entrever un goce atrapado en el mercado único de los placeres.

1 Serie británica "Sherlock" creada por M.Gatiss y S.Moffat, BBC One, 2010.

2 Serie americana "Elementary" creada por R.Doherty, CBS, 2012.

El tóxico en la ruptura del delirio

En todos los retratos, el uso del tóxico por parte del personaje parece seguir siendo el mismo. La monotonía, las banalidades de la vida de las que hay que escapar, el aburrimiento, como punto que encarna un insostenible, es un rasgo que permanecerá constante. Los tóxicos ayudan al personaje en los momentos de ruptura y aburrimiento, etimológicamente referido al vacío, cuando no está ocupado con su trabajo y al enigma que lo acompaña.

S. Holmes está apasionado por el enigma de una situación y el trabajo de deducción que requiere. Amante del razonamiento y de la verdad, su método “se basa en la observación de las pequeñas cosas”. Elevada a un arte para Holmes, la deducción es el acto de conducir la mente a la razón permitiendo sacar, de una suposición aceptada como verdad, la consecuencia lógica que contiene³.

Si tomamos el delirio, siguiendo a Freud, como un intento de curación, que Lacan generalizó al ser hablante con el aforismo “todo el mundo es loco, es decir, delirante”⁴, el delirio se escucha como un discurso articulado donde el sentido se construye a partir de elementos ínfimos en torno a los cuales se teje un texto. El saber es lo propio del delirio, la búsqueda de un sentido permanente que pueda vestir el agujero central que es el signo de la ex-sistencia de un real. Este arte de la deducción debe tomarse como equivalente a la estructura del delirio en la medida en que el delirio es un saber, un S_2 , que vendrá a fijar la significación y a hacer una interpretación de un S_1 enigmático entonces en espera de significación, que, retroactivamente, podrá encontrar su sentido.

La lógica del personaje nos muestra este mecanismo en el que el consumo queda atrapado en este vacío *traumático*. La toxicomanía es así una formación de ruptura - vertiente social del síntoma - que corta al sujeto del mundo exterior, lo que se compensa por el delirio del trabajo de deducción - en un segundo tiempo - como discurso articulado, reintroduciendo la función del Otro.

Adicto a la deducción

En el contexto de la despatologización del “todo el mundo delira”, aplicar esto a la toxicomanía parece pertinente. “Delirio o tóxico”, leído desde la perspectiva de la “o” inclusiva y la lógica de conjuntos de las matemáticas modernas, sitúa en continuidad el delirio y el tóxico. Esto último hace que en parte se solapen y que la transición de uno a otro sea menos delimitada.

En este Holmes, la función del tóxico se multiplica: puede volver a poner en marcha el psiquismo, puede favorecer los lazos, puede alimentar la materia imaginaria del delirio. La unión entre el delirio y el tóxico parece fijar algo durante un tiempo, mientras que quedar atrapado por completo en el tóxico o en el delirio resulta deletéreo. Este personaje del siglo XXI alterna regularmente entre una identificación con el toxicómano y una identificación con el detective, una no sin la otra, necesario en una época más líquida. El acento en una identificación lastra imaginariamente el personaje cuando la otra identificación ya no se sostiene y conduce a un impase.

3 Fuente: CNRTL.

4 Lacan, J., ¡Lacan por Vincennes!, *Revista Lacaniana* n. 11, Buenos Aires, Grama, 2011, p. 7. Texto reeditado en *Scilicet Todo el mundo está loco*, Buenos Aires, EOL, 2024, p. 21.

Éric Marty define nuestra época como la de la modernidad, en la que lo que importa no es tanto la ley como la norma, cuyos puntos de referencia se fijan en función de la escala de normalidad en boga en las distintas sociedades. Así, las patologías del exceso y de la desmesura justifican estas nuevas formas de abuso de sustancias adictivas y apoyan el nuevo discurso contemporáneo “todos adictos”. ¿Sería S. Holmes más bien un “adicto” hoy en día? Sin duda adicto al objeto droga, pero adicto al enigma, al trabajo, a la deducción. Tal vez ahí radique la fascinación por la figura de Holmes, que revela el ¡goza! contemporáneo con el que todo el mundo puede identificarse.

El goce sin límites, tanto del lado tóxico como del lado del saber delirante en busca de la verdad, se vuelve contra el sujeto de la era capitalista, donde el siempre-más acaba por llegar a un impasse. Aquí, la toxicomanía y el delirio de deducción, en un vínculo continuo, deben leerse como nuevos modos de goce en el encuentro reiterado con lo real, donde la verdad última sólo puede ser la de la muerte.



HACIA EL CONGRESO DE LA AMP 2026 –
LA RUPTURA CON EL FALO

HACIA EL CONGRESO DE LA AMP 2026 – LA RUPTURA CON EL FALO

El próximo congreso de la Asociación Mondiale de Psicoanálisis (AMP), cuyo tema es el aforismo de Lacan “No hay relación sexual”, es una ocasión para poner al trabajo la relación del sujeto con el falo. Según Lacan, éste es un “obstáculo”¹ en la relación entre los sexos. A partir de aquí, cabe nuevamente a la Red de Toxicomanía y Alcoholismo (TyA) del Campo freudiano, interrogar la proposición de Lacan según la cual la droga “permite romper el matrimonio con el *pequeño pipí*.”²

Una de las primeras lecturas que aclaran este pasaje es aquella propuesta por Éric Laurent en 1988: se trata de una ruptura con el goce fálico. Sin embargo, se pregunta: ¿Lo escribimos ϕ_o o Φ_o ? Las Conversaciones de Arcachon, Antibes y Angers³ aun no habían tenido lugar. ¿Se trata de “un nuevo modo de goce o de un agujero de goce”? El autor, varios años más tarde, propondrá un contrapunto interesante: se trataría de cortar el lazo con el pito, al parecer, en alusión al órgano. La distinción conceptual que Lacan hace entre goce fálico y goce peniano, contemporánea de la tesis de ruptura, parece crucial para nuestra investigación.

Fabián Naparstek muestra que la inscripción del falo es aquello que hace del órgano un instrumento. El uso de la droga puede poner en función el órgano allí donde el efecto de la palabra no lo permite. Pero a su vez, por el contrario, puede dar cuenta de la *insubordinación al servicio sexual*⁴, como lo propone Jacques-Alain Miller.

¿Cómo pensar entonces la relación entre toxicomanía y psicosis allí donde la ruptura con el falo es de orden estructural? La tesis de ruptura invita a pesquisar cómo el toxicómano hace uso del tóxico allí donde el órgano no ha devenido instrumento para responder a los avatares del encuentro sexual. Jesús Santiago se pregunta, la utilización del tóxico, ¿permitiría tratar un goce del sentido que gravita alrededor del órgano cuando hay un agujero a nivel de la significación fálica?

1 Lacan, J. (1971) *El Seminario*, libro 18, *De un discurso que no fuera del semblante*, Texto establecido por Jacques-Alain Miller, Buenos Aires, Paidós, 2009, p. 62.

2 Lacan, J. (1975) “Cierre de las Jornadas de Estudio de Carteles de la Escuela Freudiana”, *Revista Lacaniana* n. 17, Año IX, Buenos Aires, Grama, noviembre 2014, p. 16.

3 Conversaciones realizadas en Francia en los años 1996, 1997 y 1998. Cf. Miller, J.-A. y otros, *Los inclasificables de la clínica psicoanalítica y La psicosis ordinaria*, Buenos Aires, Paidós, 1999.

4 Cf. Miller, J.-A. “La droga de la palabra”, *supra*.

La tesis de ruptura, ¿permite una elucidación del sintagma “no hay relación sexual”? La hipótesis de Jean-Marc Jossen consiste en sostener que la droga permite romper el efecto del afecto propio del significante al percutir el cuerpo. ¿Se trata de una tentativa de tratamiento del goce deslocalizado en el cuerpo que no se circunscribe al órgano?

Una selección de extractos de textos y algunas referencias bibliográficas son aquí propuestas.

¡Buena lectura!

Tomás Verger

Éric Laurent, “Tres observaciones para la toxicomanía” (extractos)

“En su enseñanza, uno no puede decir que Lacan haya considerado que el psicoanálisis tenga mucho que decir sobre la droga, porque en el fondo, recorriéndolo de arriba a abajo, no hallamos más que algunas frases. Sin embargo, nos da, de todas maneras, en los años 70, esta indicación mayor: “no hay ninguna otra definición de la droga más que esta, es lo que permite romper el matrimonio del cuerpo con el pequeño pipí.”⁵; decimos: con el goce fálico. Es una indicación preciosa. Además ella apoya, creo, toda una reflexión que muchas personas que se ocupan de toxicómanos han hecho: considerar que la toxicomanía no es un síntoma en el sentido freudiano y que la toxicomanía no es consistente. Nada, en la droga, nos introduce a otra cosa que un modo de ruptura con el goce fálico. No es una formación de compromiso, sino una formación de ruptura. Esta abre el problema de cómo escribir la ruptura con este goce fálico. ¿Lo escribimos φ_o o Φ_o ?⁶”

Y ¿cómo vamos a determinar, diferencialmente, si se trata de un nuevo modo de goce o más bien de un agujero de goce?

Efectivamente, esta expresión de “ruptura con el goce fálico”⁷, Lacan la introduce también para la psicosis - donde él anota Φ_o como consecuencia⁸ de la ruptura, ruptura con respecto a la identificación paterna, decía Freud, y para Lacan, de la función de los Nombres del Padre, que escribe P_o . En el lugar donde los Nombres del Padre producen la significación fálica de lo que es dicho, tenemos en la psicosis esta dupla de términos: $P_o - \Phi_o$, donde Lacan se pregunta, en un momento dado, si uno implica necesariamente el otro, o si puede haber uno sin el otro.⁹

5 Lacan, J., “Cierre de la Jornada de Estudio de carteles de la Escuela freudiana”, *Lacanianana* 17, noviembre 2014, Buenos Aires, Gramma, p. 16. Reeditado en *Pharmakon Digital* n. 2.

6 La notación se encuentra en el esquema I desarrollado por Lacan en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” (1958), in *Escritos II*, Buenos Aires, Siglo XXI Ed., 2002, p. 546.

7 La noción de goce fálico aparece en la enseñanza de Lacan a partir de la primera clase de su Seminario *Aun*. Sin embargo, una mención presente se ubica en la séptima clase de *...o peor*.

8 Desde la primera reunión concerniente al seminario de investigación sobre la clínica diferencial de las psicosis del D.E.A. (París VIII - 1987), J.-A. Miller lanza este interrogante.

9 “Este otro abismo, ¿se formó por el simple efecto en lo imaginario del llamado vano hecho en lo simbólico a la metáfora paterna? ¿O tendremos que concebirlo como producido en un segundo grado por la elisión del falo, que el sujeto remitiría para resolverla a la hiancia mortífera del estadio del espejo?”. “De una cuestión preliminar...”, *op. cit.*

Para la psicosis no sé. Pero, seguramente, la utilización de tóxicos lleva a pensar que puede haber producción de esta ruptura con el goce fálico, sin que haya por lo mismo forclusión del Nombre del Padre. Esta es por otra parte la consecuencia de la tesis, sostenida hasta el extremo, que el toxicómano no existe, o que la toxicomanía no es un síntoma.

La tesis de Lacan a propósito de la toxicomanía es pues una tesis de ruptura. Su breve observación, en ese sentido, por breve que ella sea, es, sin embargo, una tesis que compromete profundamente toda su teoría del goce, así como la del lugar del padre y el porvenir del Nombre del Padre en nuestra civilización.”

“La primera consecuencia, entonces, de la pequeña frase de Lacan, es la ruptura con los Nombres del Padre obtenida fuera de la psicosis. La segunda consecuencia que se puede extraer es la de una ruptura con las particularidades del fantasma. Ruptura con aquello que el fantasma supone el objeto del goce en tanto que incluye la castración. Es por eso que podemos sostener con mucha seguridad que el toxicómano no es un perverso. No es un perverso porque la perversión supone el uso del fantasma. La perversión supone un uso muy específico del fantasma, mientras que la toxicomanía es un uso del goce fuera del fantasma. Ella no toma los caminos complicados del fantasma. Es un cortocircuito. La ruptura con el “pequeño pipí”, como dice Lacan, tiene como consecuencia que se pueda gozar sin el fantasma.”

“...me parece que se puede tratar la toxicomanía como el surgimiento en nuestro mundo de un goce Uno. En tanto tal no es sexual. El goce sexual no es Uno, está profundamente fracturado, no es aprehensible más que por la fragmentación del cuerpo.”

*Texto integral publicado en *Quarto* n. 42. Bruxelles, déc. 1990, p. 69-72.

Éric Laurent, « Un modelo digno para las instituciones que queremos » (extractos)

“Rosa Elena Manzetti en *Pharmakon* presenta el caso de un sujeto que tomaba drogas para mantenerse despierto mientras dos prostitutas hacían el amor frente a él. Mientras miraba con fascinación, trataba de ver a una mujer que gozaba e insistía en obtener este plus de goce de la mirada, de ver lo que no se puede ver. Entonces, él quedaba fuera del juego, y con cocaína, se mantenía en este nivel de excitación que le permitía ir más allá y, al mismo tiempo, separarse del goce fálico, es decir, no querer entrar en el juego y, a la vez, permanecer fascinado por este goce femenino que se imponía. Lo que se verificaba es que lo que este sujeto quería ver era lo que se le había impuesto como experiencia en la infancia: constatar la ausencia del pene en la madre. Y entonces, es interesante comprobar que estas escenas no sólo las hacía con mujeres, sino que trataba de obtener específicamente dos travestis a los que, en los juegos eróticos, les hacía conservar la bombacha hasta que en el último momento, se verificaba la presencia del pene. Vemos aquí que se presenta el travesti como encarnación de la mujer fálica.

En este caso presentado por Manzetti se ven los dos registros. Primero, la neutralización, es el Φ_0 en cuanto neutralización fálica; pero, al mismo tiempo, hay fascinación por la exhibición del falo materno. Y uno no impide el otro, - esto es interesante en el caso -, la dialéctica con la cual se articulan las cosas.”

“En segundo término, entonces, lo que nos enseña la toxicomanía - esto se comprueba en el caso presentado por Manzetti¹⁰ - es el lazo fundamental que hay entre todas estas sustancias tóxicas y la fascinación del hombre por el goce femenino.

La Antigüedad tenía como máxima que Venus y Baco fueran juntos, que la ebriedad del vino tenía que acabar en la cama. La no-sabiduría moderna precisamente es al revés, rompe con el goce fálico pero refuerza (lo que no hay que olvidar en el caso de Manzetti es la fascinación del hombre por el travesti que parece confirmar esta perspectiva) refuerza – decía -, la sujeción del hombre moderno al superyó, que no es un superyó materno sino el superyó del goce femenino.

El hombre y la mujer moderna se encuentran confrontados con lo que Lacan escribe en “El Atolondradicho”, es decir, con esta reformulación del enigma propuesto a Edipo que Lacan formula a partir del goce femenino, de la esfinge como encarnación del goce femenino. No es una pregunta sobre el hombre, sino una pregunta sobre si el hombrecillo que tiene enfrente estará a la altura de la satisfacción femenina; y es la razón por la cual en “El Atolondradicho” Lacan empieza su exordio por la Esfinge que habla y que dice “me has satisfecho thombrecito”¹¹, etcétera (eso permite la lectura del asunto). Hay una fascinación, siempre la hubo, del hombre por el goce femenino.

Está claro que los antropólogos a veces piensan que el hombre aprendió a contar con los dedos de su mano: uno, dos, tres, cuatro, cinco. Me parece una idea de filósofo, creo que si el hombre aprendió a contar, tenemos una huella de que en muchos sistemas de numeración lo que hay es: uno, dos, tres...infinito. Uno, dos, tres y mucho más, una categoría del ‘mucho más’.

Esto, me parece, es acorde con la idea de que los hombres con el goce fálico han empezado a saber que hay uno, dos, tres veces en la noche y después es mucho, puede ser más cercano a la modalidad con la que se aprendió a contar...

Pasar del Uno, en tanto que contable, al goce que pareció fascinante de la “Diosa blanca”¹², no como encarnación de la madre sino como de “La mujer”¹³, es esto lo que me parece da cuenta de la figura de Dios como encarnación del goce femenino - como subrayaba Lacan. En estas huellas de las diosas del Mediterráneo, la figura femenina se encarna en Diana de Efesia como representante de la Antigüedad romana. Es la encarnación del Dios contra el cual Moisés supo poner un límite y da la idea de la introducción del punto a partir del cual no se puede contar más.

Es la fascinación por el infinito, por el superyó femenino en la situación del hombre moderno, el hombre de los derechos humanos - que no tiene más figuras heroicas con las cuales iden-

10 Manzetti, R. E., Bertuzzi, E., Bolgiani, P., Careto, S., La Greca, A., Morrone, S. “Sobre la toxicomanía: penalizar o despenalizar”, in *Del hacer al decir*, op. cit., p. 41.

11 Lacan, J., “El Atolondradicho”, *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, p. 492: “Me has satisfecho thombrecito [*petithomme*]. Has comprendido, era lo que hacía falta. Anda, atolondradicho nos sobra, no sobra para que te vuelva uno después del medio-dicho [*l’après-midi*]. Gracias a la mano que te responderá con que Antígona la llame, la misma que puede desgarrarte por esfinjo *esfinge* [*sphynge*] mi *notoda*, sabrás incluso, atardeciendo equipararte a Tiresias y como él, por haber de Otro adivinar lo que te dije”.

12 Lacan, J., “Prefacio a *El despertar de la primavera*”, *Otros Escritos*, op. cit., p. 589.

13 Lacan, J., “El Atolondradicho”, op. cit., p. 490.

tificarse - lo que refuerza la incidencia de este superyó y el sueño de un tipo de transexualismo del goce¹⁴ que se podría obtener con el goce de las drogas.

En este sentido encontramos otra significación de la ruptura con el falo¹⁵ que podría orientarnos en ese camino: tratar de identificarse a este goce superyoico, sea por el lado del hombre, sea por el lado de la mujer.”

*Texto integral en español publicado en Sillitti, D., Sinatra, E. y Tarrab, M. *Del hacer al decir*. La clínica de la toxicomanía y el alcoholismo. II Jornada del Instituto del Campo Freudiano. Buenos Aires, Plural editores, 1996, p. 61-80.

Éric Laurent, “El lugar de los hombres en la ciudad de las mujeres” (extractos)

“La figura del machista gozador a la Trump es una especie de pantomima de lo que sería lo ilimitado del goce femenino, como la del drogadicto que quiere liberarse, por lo ilimitado de la droga, de la caída fálica. El asunto de la articulación de los dos goces, el goce fálico y su más allá, es situar lo que hace que, cualquiera que sea la igualdad de derechos, una mujer sea siempre radicalmente Otra para un hombre. Y es entonces cuando puede ser síntoma y no superyó infernal y mortífero. El goce en la ciudad de las mujeres, donde los hombres tienen su lugar según Lacan, no tiene nada de hedonismo. Se separa entre aquel goce más allá del límite fálico, aquel que más allá de la castración, el hombre imagina, y lo ilimitado que se civiliza por su inscripción en el lado femenino de la sexuación. No hay un ciframiento alguno para esto cualquiera sea la forma del Uno. El declive de las ideologías, de los grandes relatos de lo que hacía universal el bien común en forma de un ideal compartido, revela una competencia entre múltiples goces que no pueden resolverse en la unidad.”

“Esa es la invención. La experiencia trans consiste en la invención del órgano que daría cuenta de aquel que al cuerpo le sería necesario y que permitiría deshacerse del obstáculo fálico. Lacan lo dice muy bien: el falo es lo que impide que uno goce del cuerpo del otro. Bueno, vamos a cortarlo e inventar el órgano adecuado. Es un proceso absolutamente fantástico que pone en juego todo el conocimiento de la ciencia - todo lo que sabemos hacer con las hormonas, la cirugía plástica - para una invención de saber. Es un proceso sin fin, porque el órgano que habría que encontrar no se encuentra; entonces hay que seguir inventando.”

*Texto extraído de la Conferencia pronunciada en ocasión de la Semana Lacan « Hommes et femmes selon Lacan », 13-18 de mayo de 2019, ACF-VLB, disponible en YouTube.

Éric Laurent, “Retrato de Joyce en Santo hombre” (extracto)

“Gracias a la relación con su inconsciente, Joyce no es un santo, tiene el orgullo de su arte. Tiene el “arte-gullo”, y Lacan añade “hasta la saciedad”, primera indicación en la que se inscribe

14 Alusión a la mención de Lacan en su escrito de 1958 titulado “De una cuestión preliminar...”, precisamente, en el esquema I.

15 Lacan, J., Cierre de las Jornadas de estudios de carteles de la Escuela Freudiana, *op. cit.*: “...no hay ninguna otra definición de la droga más que esta, es lo que permite romper el matrimonio con el pequeño pipí”.

la relación con el tóxico, el alcohol, que contribuirá mucho, junto con la sífilis, a la degradación de la salud de Joyce.¹⁶ Su hermano Stanislas atribuía a comas etílicos la agravación de problemas oftálmicos.¹⁷ Las alcoholizaciones masivas, que habían empezado en Dublín tras la muerte de la madre¹⁸, se multiplican tras su paternidad¹⁹, en Trieste, y escanden su vida en Zurich y en París hasta la perforación de la úlcera duodenal.”

*Texto integral publicado en *Mental*, Revue de l'Europédération de psychanalyse, n. 35. Paris, 2016, p. 62-73. Publicado también en É. Laurent, *El reverso de la biopolítica*, Buenos Aires, Grama, 2016, p. 172.

Éric Laurent, Conversación sobre “Reflexiones sobre tres cuestiones del feminismo con la no relación sexual” (extracto)

“Yo no diría que hay dos sexos o dos goces, más bien me referiría a la Unaridad. Hay el goce del órgano y hay el goce femenino. Hay un solo goce como tal. Hay un solo goce sexual. La multiplicación de las experiencias LGBT lo evidencian. Es una experimentación de cómo se declina la oposición entre el goce del órgano y el goce (sexual) como tal. Es decir, por ejemplo, el uso en la comunidad gay del masoquismo para ir más allá del obstáculo del órgano, es una experimentación. Desde los años 70 cuando en el Castro, en el barrio gay de San Francisco, en las primeras Gay Pride se introdujo el fist-fucking en las relaciones sexuales, se trataba de un masoquismo así determinado, una técnica sexual para cuestionar los límites del órgano. De la misma manera, el uso de drogas, calculado o no, siempre ha sido uno de los aportes del movimiento gay, el uso del popper - sistemáticamente -, en las relaciones sexuales, diferente como efecto de lo que produce la cocaína. El uso del popper que era también como decía Lacan, una forma de cortar el lazo con el pito, las drogas permiten, cuando se usan, ir más allá. Es una manera de experimentar cómo a partir del hecho, si se pone el acento en tener un pito como algo que determina una comunidad y éste como instrumento de goce, como lo han hecho las comunidades gay. Esto, al mismo tiempo, da cuenta de toda una serie de experimentaciones sobre cómo ir más allá y cómo se experimenta.”

*Conversación integral sobre “Reflexiones sobre tres cuestiones del feminismo con la no relación sexual”, audio en español, 04 de diciembre de 2019, disponible en <https://radiolacan.com/es/podcast/conferencia-en-el-palais-rouge-de-buenos-aires-reflexiones-sobre-tres-cuestiones-del-feminismo-con-la-no-relacion-sexual/3>

Jean-Marc Josson. “Romper el efecto del afecto” (extractos)

“El hombre del que se trata, comienza a consumir en prisión para soportar, dice, las intimidaciones, amenazas y la violencia. Sin embargo, durante su estancia en una institución, resulta

16 Cf. Birmingham K., *The Most Dangerous Book. The Battle for James Joyce's Ulysses*, London, Penguin Book, 2015, p. 290-291.

17 *Ibid.*, p. 49.

18 *Ibid.*, p. 25.

19 *Ibid.*, p. 149.

que más allá de éstas, es objeto de la mala intención del Otro, cuya singular fórmula presenta: estamos tratando de deshacernos de él. Su consumo le permitiría taponar esta interpretación, que es para él una certeza.

El consumo de este hombre es un intento de tratar, no su certeza, sino el efecto que produce esta certeza en su cuerpo. Es un intento de tratar el afecto.”

“El afecto tiene su origen en el pensamiento, no en el cuerpo o el alma. (...) El afecto viene del pensamiento y va al cuerpo; viene del pensamiento, de donde “descarga” - fórmula que pone en evidencia que el afecto es una “expresión” de la pulsión, y va al cuerpo, donde perturba las funciones, donde causa disfunciones. Estas perturbaciones impiden todo equilibrio, toda homeostasis: “Ninguna armonía del ser en el mundo...”²⁰, añade Lacan.”

“El afecto - y subrayo esta definición - es un efecto. (...) Este efecto afecta al cuerpo, lo impacta, lo marca.”

“El afecto es el efecto de las palabras (...) el afecto hace del sujeto del inconsciente un ser parlante, es decir, un sujeto del inconsciente dotado de un cuerpo, un “cuerpo hablante”, como lo llama Jacques-Alain Miller, un cuerpo con el que habla y que es afectado por la palabra.”

“El afecto es, pues, el efecto de un significante en el cuerpo.”

“Es - retomo mi hipótesis de partida - lo que intenta tratar el consumo. Su objetivo es anestesiar o reducir el efecto del afecto en el cuerpo que produce sin cesar el significante que se reitera. El consumo de drogas o alcohol se convierte en toxicomanía o alcoholismo cuando - esta es mi segunda hipótesis - este mismo está contaminado por la reiteración que opera en el acontecimiento de cuerpo. Es entonces cuando, tomado por esta reiteración, el consumo se relanza.”

“La moral del pequeño Hans es, por un lado, que el niño y la niña están casados con su rabo, y por otro lado, que este matrimonio es una fuente de angustia. La angustia surge cuando uno y el otro se dan cuenta de este matrimonio: se trata del momento del descubrimiento del pequeño pipí. Las cosas se complican aún más cuando se infla el pene - “no hay allí nada mejor con que hacer falo”²¹ -, es decir, cuando se mide el lugar del pequeño sujeto en el deseo del Otro. Es aquí donde las palabras, como las de la madre de Hans, hieren y devastan. Romper el matrimonio con el pequeño pipí es romper el efecto del afecto de ese matrimonio. Esto es lo que permite la droga, y lo que continúa provocando su éxito.”

*Texto integral en *Les Cahiers de l'ASREEP n. 2. Les addictions sans substances*. Genève, 2018, p. 53-58.

Jean-Marc Jossou. “Un posible lazo” (extractos)

“El consumo de drogas o alcohol es un intento de tratar estas dificultades, estas imposibilidades del vínculo con el otro y con el mundo. Este consumo puede tener dos funciones: romper o ligar.”

20 Lacan, J., “Televisión”, *Otros escritos*, *op. cit.*, p. 550.

21 Lacan, J., “Cierre de las Jornadas de Estudio de Carteles de la Escuela Freudiana”, *op. cit.*, p. 16.

“La droga permite romper el efecto del afecto que producen las consecuencias de la no-separación. Es la famosa definición que da Lacan de la droga en la última parte de su enseñanza, iluminada por su concepción del afecto propia del mismo período.”

“El consumo de drogas también permite vincular, conectar con el otro, con el mundo, con la realidad o con la vida. Entonces permite paliar la dimensión del deseo.”

*Texto integral publicado en *Quarto 118. Lire Lacan*. Bruxelles, 2018, p. 114-120.

Jésus Santiago, “La droga de W. Burroughs: un cortocircuito en la función sexual” (extractos)

“Lo que se denomina artefacto de la droga no es, por tanto, un sucedáneo del objeto sexual sustitutivo, porque le falta la inscripción en el registro fálico. Este modo preciso de operar un cortocircuito en la función sexual equivale a la dificultad del toxicómano para soportar las coacciones relacionales impuestas por el partenaire sexual.”

“La técnica de ruptura, de separación del toxicómano, en este preciso punto del encuentro con un partenaire, revela su impasse con lo que le fue transmitido de la ley fálica, lo que a su vez implica dejarle la función del deseo fuera de su alcance. Le queda, entonces, la técnica de la droga como respuesta. Le queda, en fin, esa estrategia que me lleva a concebir la toxicomanía como un caso ejemplar de la profusión, en la civilización de la ciencia, de un cortocircuito propio de las soluciones no fálicas de separación entre el cuerpo y el goce.”

* Texto integral publicado en *Quarto 79. Paradis toxiques*. Bruxelles, juin 2003, p. 52-54.

Jésus Santiago, “Droga, ruptura falica et psicosis ordinaria” (extractos)

“Este carácter artificial de fabricación de la satisfacción, de estilo monótono, obtenido en el circuito cerrado del cuerpo y de la droga - satisfacción que trae consigo el rechazo de los semblantes del Otro - remiten a la concepción de la toxicomanía como un tipo clínico que se define por la ruptura de la función fálica. Este rechazo de los semblantes del Otro que se traduce por la ruptura fálica es lo que permite a J.-A. Miller postular la toxicomanía en el horizonte del goce cínico. Por eso, es necesario establecer una distinción esencial entre el autismo del goce en el cinismo antiguo, propio de la masturbación pública, y el goce del toxicómano, propio de la satisfacción tóxica. Si coinciden en el modo de inclusión del Otro, convergen en el rechazo de los semblantes de la civilización. Ambos divergen, sin embargo, en lo que se refiere al goce fálico.

El cínico antiguo se conforma con el goce autoerótico, masturbatorio, y con el valor fálico que se deduce de esta estrategia en obtener alguna sintonía entre el goce y el cuerpo. En esta búsqueda compulsiva de una satisfacción artificial y fabricada, el toxicómano da señales de que hay fallas en el dispositivo fálico que favorece el posible funcionamiento del goce necesario para el ser hablante. Desde este punto de vista, no se confunde con el modo de goce del cínico antiguo,

ya que reacciona de manera distinta al matrimonio que el ser hablante es llevado a establecer con el falo. El toxicómano es justamente aquel que no consiente al matrimonio con el goce fálico y, por tanto, no lo concibe como una salida viable, porque su fijación reside en lo real del goce que se extrae de su relación con el órgano peniano. Para el cínico, por el contrario, no importa si el goce fálico no conviene a la relación sexual, pues, sin embargo, se muestra apegado al autismo del goce. El toxicómano, a su vez, es un objetor del falo y del goce que se desprende de él o, aún, del goce que el ser hablante necesita. Llama la atención el modo en el que el toxicómano con su goce a solas con la droga, se rebela contra ese necesario goce fálico que, según Lacan, a pesar de ser un “goce que no conviene - *non decet* - a la relación sexual”²².

“El alcance clínico de la visión lacaniana de la toxicomanía implica considerar la droga como un objeto que busca suplir fallas de la función fálica, teniendo en cuenta su papel de viabilizar un goce que mantenga cierta afinidad con la palabra. De otro modo, la presencia insistente y compulsiva de la droga denota el estancamiento del sujeto con respecto al goce que conviene, el goce impulsivo que, bajo el efecto de la incidencia de la castración, encuentra sus objetos, que se constituyen como *Ersatz*, pues velan y, al mismo tiempo, develan la castración. La esencia de la definición de la droga, promovida por Lacan en 1975, es la tesis de que su práctica metódica expresa las dificultades que el toxicómano encuentra en ser fiel al matrimonio, que todo ser hablante contrae un día con el partenaire-falo.

(...)

En el fondo, lo que se deduce como específico al acto toxicómano es la ruptura fundamental con el goce derivado de este matrimonio, necesario para todo sujeto, pues es ella quien fomenta el plus-de-gozar que conviene. Se observa, así, que esta definición se estructura sobre la base de la consideración de que el matrimonio del ser hablante con el falo, o incluso del goce que resulta de él, es rechazado en nombre de su fuerte conexión con el goce-sentido que incide sobre el órgano peniano.

En la clínica, para manejar tal definición, se impone evaluar la droga como un factor de separación del matrimonio del pene y no del falo. En otras palabras, el toxicómano es un sujeto que permanece casado con el goce de sentido que gravita alrededor del órgano, en tanto no ha contraído un lazo posible con el falo. Es necesario, por tanto, no confundir el falo con el órgano peniano, así como, más aún, con cualquier representación imaginaria o idea de que es, naturalmente, un privilegio masculino. Como función, el falo es un operador, un significante del goce, que se sitúa fuera del cuerpo. La paradoja es que este operador localizado fuera del cuerpo está destinado a designar, al menos parcialmente, los efectos del goce sobre el cuerpo. Se trata de un significante a-semántico, que no significa nada y solo como encarnación de la nada puede operar favorablemente en el momento de la iniciación sexual, oportunidad en la cual el sujeto se enfrenta con el misterio del Otro sexo.

En comentario a “El despertar de la primavera”, Lacan propone que la iniciación sexual es más favorable a la vida cuando, levantado el velo, en el momento en que el adolescente se en-

22 Lacan, J. *El seminario*, Libro 20, *Aun*. Texto establecido por J.-A. Miller. Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 76.

frenta con la construcción del partenaire sexual, se revela esa nada inherente al falo. Se concibe así esta nada como la contrapartida de lo que irrumpe, en la adolescencia, como índice de la viabilización del goce fálico, que se articula con el saber, con la palabra. Si el toxicómano está marcado por la ruptura fálica que se expresa en su dificultad para tratar con el goce del cuerpo, esto se debe al hecho de que, en función de su apego al goce-sentido en torno al hace-pipí [Wiwimacher], esa nada no tiene lugar. La ruptura fálica equivale, pues, al exceso de sentido que se produce en el momento del encuentro con el Otro sexo, un exceso perturbador de la iniciación sexual, que obstruye cuando debería presentarse enigmático y sin sentido en el goce sexual.

Si se señalara, además, que la clínica de la ruptura fálica presente en los fenómenos derivados del uso toxicómano de la droga no se deduce directamente de la forclusión del Nombre-del-Padre, aun porque, si así fuera, se podría estar ante fenómenos típicos de las psicosis, es decir, el delirio y la alucinación. Se puede decir que la ruptura fálica emana de la propia lógica de la elisión del falo en el funcionamiento del goce y que, por razones relativas al impacto contingente del significante en el cuerpo, se le prohíbe al sujeto el goce que conviene a la inexistencia de la relación sexual. La tesis de la ruptura fálica como factor dominante en las toxicomanías ejemplifica una inversión en el orden de los factores característicos de la actualidad clínica, es decir, ya no se piensa el agujero en la significación fálica solo como consecuencia del agujero del Nombre-del-Padre.

El Nombre-del-Padre se convierte en un predicado según como el síntoma y la función fálica organizan y ordenan el goce para el sujeto. Según Miller, deja de ser el nombre propio de un elemento particular llamado Nombre-del-Padre. Es lo que se presenta mediante la pregunta: ¿el sujeto cuenta con el Nombre-del-Padre o hay forclusión de éste? Hoy en día, el Nombre-del-Padre ya no es un nombre, sino el hecho de ser nombrado, de que se le asigne una función o, como afirma Lacan, de “ser nombrado para”²³. En suma, el Nombre-del-Padre ya no es un nombre propio y se convierte, según la definición de la lógica simbólica, en un predicado relativo al agujero de la significación fálica:

NP (X) --> X = ruptura fálica

En mi opinión, esta formulación aproxima lo que hay de nuevo síntoma como característico de la toxicomanía, con el campo de las llamadas psicosis ordinarias, en el sentido de que la satisfacción obtenida con la droga, así como por medio de otras modalidades, por ejemplo, los tatuajes y los piercings, puede funcionar como un “sustituto sustituido”²⁴. Si el Nombre-del-Padre es un sustituto del deseo de la madre, pues impone su orden al goce de ésta, la droga puede revelarse un “sustituto sustituido”. En otras palabras, la droga puede ser un Nombre-del-Padre en la relación que el sujeto tiene con su cuerpo. Decir que estas técnicas de cuerpo - entre otras, las drogas y los tatuajes pueden ser “sustitutos” del Nombre-del-Padre es una manera de traducir lo que viene a ser este significante tomado como predicado. Lo que se muestra como método de cortocircuito en la sexualidad inherente a la satisfacción tóxica es mucho más, en términos

23 Miller, J.-A. “Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria”, en <https://www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/015/template.php?file=arts/Alcances/Efecto-retorno-sobre-la-psicosis-ordinaria.html>

24 *Ibid.*

de Miller, un “hacer-creer compensatorio”²⁵ [compensatory-make believe] del Nombre-del-Padre, en el sentido de que hace posible alguna solución para los desórdenes del goce en la vida de un toxicómano. Desde esta clínica del “hacer-creer compensatorio”, se valora la continuidad entre los territorios de la neurosis y la psicosis, se enfatiza lo que los hace contiguos, dos modos de responder a un mismo real, pues se trata, bajo este punto de vista, no de establecer fronteras sino de constatar anudamientos, abrochamientos, desconexiones, desanudamientos entre hilos que están en continuidad.”

* Texto integral disponible en *Pharmakon Digital* n. 3. <https://pharmakondigital.com/droga-ruptura-falica-e-psicose-ordinaria/>

Fabián Naparstek, “Introducción a la clínica de las toxicomanías y del alcoholismo” (extractos)

“Para que el falo esté inscripto no alcanza con que alguien tenga pene, hace falta además que ese órgano responda en cierta manera a la palabra. Entonces, la inscripción del falo coincide así con esa relación entre un órgano y la palabra, que es lo que Lacan después llamó “hacer de un órgano un instrumento”²⁶ (...) Hay un error común, dice Lacan, en confundir lo real del órgano con su articulación al significante en tanto instrumento, que se ve patéticamente en el ejemplo de los transexuales. Con las consecuencias funestas que, a nivel subjetivo, traen en muchos casos estas operaciones.”

“El exceso propio de la toxicomanía muestra muy bien ese fuera de regulación fálica. Si hay una función que tiene el falo es, por excelencia, poner medida a las cosas. (...) A mi gusto la sobredosis habría que pensarla fuera de la medida fálica. La posible ruptura con el falo es lo que hace que se pase a la manía por el tóxico, entendiendo a la manía como aquello que lleva al sujeto por fuera de un anclaje fálico. De este modo, siguiendo lo que hemos desarrollado, se pueden verificar diferentes usos de la droga. Hay un uso de la droga que - considerando el caso relatado - le había permitido mantenerse casado con su órgano. Hay otro uso que permite a ciertos sujetos tomar coraje y enfrentar al Otro sexo y poner en función el falo. (...) Vimos también cómo aquello que puede empezar en un intento de mantenerse casado con el falo o en un intento de ponerlo en función, finalmente se desamarra, se suelta del falo y provoca la manía por el tóxico.” (Referencia a una viñeta clínica presentada en el libro)

“No querer saber nada con lo sexual, si entendemos lo sexual en términos fálicos, no es el encuentro solamente con el cuerpo del Otro sexo, sino que puede ser el encuentro con el cuerpo del mismo sexo, que puede ser la masturbación misma, lo cual no impide distinguir una cosa de la otra. Esta forma milleriana de plantear las cosas sigue con la idea de Lacan respecto de la ruptura con el falo...” (...) Se puede hacer uso de la droga para insubordinarse al servicio sexual²⁷, para mantenerse estancado en el goce del onanismo como soldadura, para tratar de acceder al

25 *Ibíd.*

26 Lacan, J. *El Seminario*, libro 19, ...o peor. Texto establecido por J.-A. Miller. Buenos Aires, Paidós, 2012, p. 19.

27 Miller, J.-A., « La drogue et la parole », *Accès a la psychanalyse, Addiction*, Bulletin de l'Association de la Cause freudienne en Val de Loire – Bretagne, 2023, p. 15-22. Republicado en el actual número de *Pharmakon Digital*.

otro sexo como una muleta, en términos de Freud. Me refiero a la muleta cuando el falo tiene sus limitaciones – que por estructura es siempre así -, y el sujeto no soporta esas limitaciones y, por ende, intenta levantarlo para acceder al otro sexo.”

“...si nosotros tenemos una tesis de que la toxicomanía implica una ruptura con el falo, (...) y en la psicosis tenemos esa ruptura desde el vamos, de nada nos puede servir la tesis de la ruptura. Nosotros partimos de la idea, para el caso de la neurosis, de que hubo una ruptura que es coyuntural y en la psicosis, siguiendo a Lacan, tenemos la idea de que esa ruptura es estructural... (...) Si a eso le agregamos que cada vez más, en la clínica, recibimos sujetos toxicómanos que son diagnosticados como psicóticos, aumenta más la importancia de poder ubicar cómo pensar la toxicomanía en la psicosis.”

“Un sujeto relata que antes de conocerlo (al Viagra) no podía mantener relaciones ya que no sentía deseo, aunque agrega que quería ser como los demás. Dice que con el Viagra comenzó a ser como los demás y a su juicio empezó también a regular sus erecciones. El órgano ya no está suelto, sino que empieza a responder a las pastillas. Si bien de vez en cuando, sigue teniendo “erecciones sueltas” ahora él lo justifica como un residuo de Viagra en el cuerpo. (...) “se ve también en este caso, que a falta de una operación que produce la carencia del significante que liga el órgano como un instrumento, lo que va al lugar del significante es el químico, y es a partir de éste que se intenta transformar el órgano en instrumento. (...) En el lugar de la palabra, a falta de dicha palabra, el sujeto utiliza la pastilla. Una operación en lo real, para darle una ligadura a lo insoportable de la invasión de goce del órgano.” (...) En estos casos de psicosis se ve muy bien que la droga no solamente no es una ruptura con el falo sino que es lo que intenta ligar ese pequeño pipí con el cuerpo.”

*Texto integral publicado en “Introducción a la clínica de la toxicomanía y el alcoholismo”, Libros I, II, III. Buenos Aires, Grama, 2008.

BIBLIOGRAFÍA HACIA EL CONGRESO DE LA AMP 2026 – LA RUPTURA CON EL FALO:

- Andreini, N. “Tesis de Lacan acerca de la droga”, *Apostillas del TYA Córdoba*, n.1, Ed. CIEC, Soluciones Graficas, 2011, p. 55-63.
- Andreini, N., “Ruptura y relación al otro”, *Apostillas del TYA Córdoba*, n.1, Ed. CIEC, Soluciones Graficas, 2011, p. 63-71.
- Aucremanne, J.-L., « Le mariage avec la drogue », *Quarto* n. 42, 1990.
- Aucremanne, J.-L., « Malaise, drogue et rupture », *Quarto* n. 99, juin 2011, p. 102-108.
- Aucremanne J.-L., Josson, J.-M., Page, N., « Penser la toxicomanie à partir de la psychose », *Mental* n. 12, 2003, p. 65-74.
- Aucremanne, J.-L., Josson, J.-M., « Rompre avec la drogue », *Préliminaire* n. 12, 2000.
- Chiriaco, S., « De la drogue à la suppléance : un traitement de l'angoisse », *Mental* n. 16, 2005, p. 96-104.
- Freda, F. H., Intervención en *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Seminario dictado por J.-A. Miller en colaboración con Éric Laurent, Buenos Aires, Paidós 2005, p. 303-316.
- Generoso, C. M., “A queda do falocentrismo”: <http://www.institutopsicanalise-mg>.
- Josson, J.-M., « La fonction de la drogue », *Accès, Bulletin de l'ACF-VLB* n. 3, 2012, p. 45.
- Josson, J.-M., « La fonction de la toxicomanie et de l'alcoolisme », *Letterina* n. 55-56, 2010.
- Josson, J.-M., « Le sinthome de Schreber », *Quarto* n. 123, nov. 2019, p. 154-158.
- **Josson, J.-M., « Rompre l'effet de l'affect », in *Les Cahiers de l'ASREEP* n. 2. *Les addictions sans substances*. Genève, 2018, p. 53-58.**
- **Josson, J.-M., « Un possible lien », in *Quarto* 118. *Lire Lacan*. Bruxelles, mars 2018, p. 114-120.**
- Laurent, É., « Comment avaler la pilule ? », *Ornicar ?* n. 50, revue du CF, Navarin éditeur, 2003.
- Laurent, É. « Como engolir a pílula ? », *Clique, Revista dos Institutos Brasileiros de Psicanálise do Campo Freudiano*, n. 1, abril 2002, p. 24-35.

- **Laurent, É. Conversation sur Radio Lacan à propos de la conférence titrée « Reflexiones sobre tres cuestiones del feminismo con la no relación sexual ». Audio en español. 04 décembre 2019. <https://radiolacan.com/es/podcast/conferencia-en-el-palais-rouge-de-buenos-aires-reflexiones-sobre-tres-cuestiones-del-feminismo-con-la-no-relacion-sexual/3>**
- **Laurent, É. « La place des hommes dans la cité des femmes. » Conférence réalisée à l'occasion de la Semaine Lacan « Hommes et femmes selon Lacan », 13-18 mai 2019, ACF-VLB, disponible sur https://www.youtube.com/watch?v=y4oJZ5O4y98&t=371s&ab_channel=EricLaurent**
- **Laurent, É., « Portrait de Joyce en Saint homme », in *Mental* n. 35. Paris, 2016, p. 62-73.**
- **Laurent, É., « Trois remarques sur la toxicomanie », in *Quarto* n. 42. Bruxelles, 1990, p. 69-72.**
- **Laurent, É., « Un modelo digno para las instituciones que queremos » en *Del hacer al decir. La clínica de la toxicomanía y el alcoholismo*". II Jornada del Instituto del Campo Freudiano. Silitti, D., Sinatra, E. y Tarrab, M. compiladores. Buenos Aires, Plural editores, 1996, p. 61-80.**
- Miller, J.-A., « Lire un symptôme », *Mental* n. 26, 2017, p. 49-58.
- Naparstek, F., « De la formation de rupture au partenaire symptôme », *Quarto* n. 79, juin 2003, p. 50-51.
- Naparstek, F., « Introduction à la clinique des toxicomanies et de l'alcoolisme ». Livres I, II, III. Buenos Aires, Grama, 2008.
- Pacheco, L. V., Reseña del libro de J. Santiago: "La ruptura con el goce fálico y sus incidencias en el uso contemporáneo de las drogas", en *Pharmakon Digital* n. 2, <http://pharmakondigital.com/volumen-no02/?lang=es>
- Page, N., « Les fonctions subjectives de la drogue : comment en prendre soin ? », *La lettre mensuelle* n. 298, Revue des ACF-ECF, 2011, p. 40-42.
- Quaglia, G. "Conexão (A)ssexuada", *Carta São Paulo, Revista da Escola Brasileira de Psicanálise- São Paulo, Amor Sexo (Des)conexões*, ano 26, n. 1, São Paulo, março 2019, p. 95-99.
- Quaglia, G. "Órfãos do capitalismo", *apalavra*. Escola Brasileira de Psicanálise, Delegação Geral Goiás- Distrito Federal, *O Declínio do Pai e Seus Efeitos*, v.1, n.1, Goiânia, 2018, p.38-50.
- Salamone, L. D. "El lazo cuando la droga es el partenaire". *Apostillas del TYA Córdoba*, CIEC, 2011, n.1, p. 5-23.
- Salamone, L. D., "¿Todos consumidores?" *Lo inclasificable de las toxicomanías. Respuestas del psicoanálisis*, Departamento de Estudios sobre Toxicomanías y Alcoholismo (CICBA) Buenos Aires, Ed. Grama, 2008, p. 29-37.

- Salamone, L. D. *Dificultades en el tratamiento de las toxicomanías y el alcoholismo. Cuando la droga falla*, Caracas, Ed. Pomaire, 2011, p. 71-93.
- Santiago, J. "A toxicomania não é uma perversão", *Falo*, Salvador, n.4/5, jan./dez. 1989, p. 68-72.
- **Santiago, J. « Drogue, rupture phallique et psychose ordinaire ». *Pharmakon Digital* n. 3. <https://pharmakondigital.com/droga-ruptura-falica-e-psychose-ordinaria/>**
- **Santiago, J. « La drogue de W. Burroughs : un court-circuit dans la fonction sexuelle ». *Quarto* 79. Bruxelles, juin 2003, p. 52-54.**
- Santiago, J. "O celibatário, o toxicômano e a segregação", *Curinga, Os enigmas do masculino*, v. 9, Belo Horizonte, abril 1997, p. 45-49.
- Sidon, P., « La substance d'une addiction », « Les addictions sans substances ». Conversation du TyA. *Les Cahiers de l'ASREEP-NLS* n. 2, 2016.
- Sillitti, D., Sinatra, E., Tarrab, M, *Más allá de las drogas. Estudios psicoanalíticos*, Plural, 2000.
- Sillitti, D. "Clínica del superyó y las toxicomanías", *Pharmakon*, n. 6-7. Buenos Aires, Ed. Plural, Junio de 1998, p. 11-15.
- Sinatra, E., *Adixiones*, Buenos Aires, Grama, 2020.
- Sinatra, E., "Dos hipótesis sobre las toxicomanías", *Mediodicho*, n. 30. Ed. EOL-Córdoba, 2006, p. 147-157.
- Skaf, C., "Para una clínica de la elisión del falo", <http://pharmakondigital.com/volumen-no03/?lang=es>
- Taillandier, E., « L'Addiction, un lien qui sépare », « Les addictions sans substances ». Conversation du TyA. *Les Cahiers de l'ASREEP-NLS*, n. 2, 2016.
- Verger, T. *El límite del órgano y su más allá. Las toxicomanías y la cuestión trans*. Buenos Aires, Tres Haches, 2024.
- Zaffore, C., "Droga y elección sexual", *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo II*, Buenos Aires, Ed. Grama, 2009, p. 103-109.